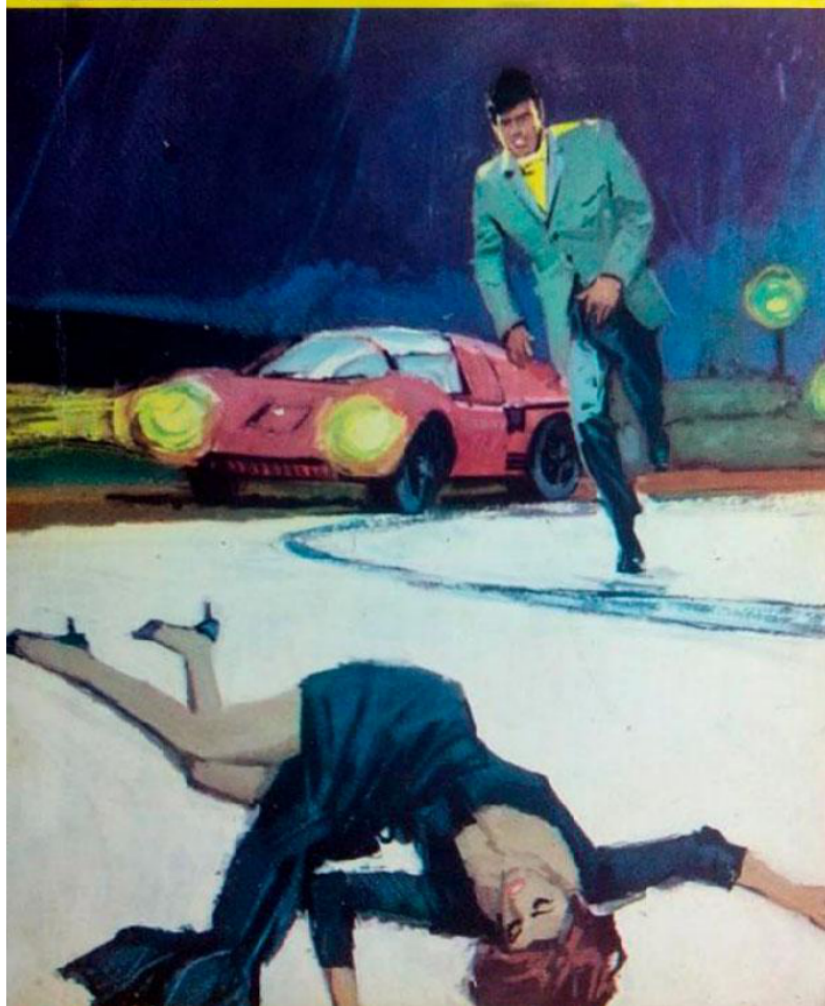




la tercera bruja

silver kane



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

LA TERCERA BRUJA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 371

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 17.791 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: junio, 1969

© SILVER KANE - 1969
sobre la parte literaria

© DESILO - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.116. — Tragedia en Tuba-City.

En Colección SERVICIO SECRETO:

979. — El demonio en el cerebro.

En Colección SALVAJE TEXAS:

655. — Federal y mujeriego.

En Colección KANSAS:

554. — Muerto de hambre.

En Colección BUFALO:

815. — «Colorado Bank».

En Colección ASES DEL OESTE:

502. — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

425. — Contrato para un pistolero.

En Colección COLORADO:

602. — Seis hombres van a morir.

En Colección CALIFORNIA:

655. — Mi amiga la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

365. — En el reino de los muertos.

En Colección ENVIADO SECRETO:

79. — La mujer verdugo.

CAPÍTULO PRIMERO

El disparo llegó desde la lejanía, haciendo que las manos de Richard Tone sufrieran una crispación al volante. Pero el coche, lanzado a ciento ochenta, no se desvió ni un milímetro, a pesar de que la bala atravesó uno de los cristales laterales, le rozó la cabeza y terminó desapareciendo a través del parabrisas.

Tone pensó maquinalmente:

«Una cuarenta y cinco. La han disparado desde un poco detrás de mí. ¿Pero dónde están...?».

Luego, mientras seguía conduciendo, examinó los desperfectos de los cristales.

Éstos eran, realmente, inastillables. Ahora lo habían demostrado bien. Sólo había quedado el orificio de la bala y una pequeña aureola en torno a éste. Eso era todo.

Richard Tone siguió conduciendo.

En aquel tramo de la autopista del Oeste, saliendo de París, había muy poco tráfico a la hora en que él rodaba. París es una ciudad trabajadora, donde las congestiones de tráfico alcanzan sus máximos a las horas libres. Hay momentos, en cambio, a media mañana, o a primera hora de la tarde, en que se puede entrar y salir con cierta tranquilidad.

Richard Tone rodaba a primera hora de la tarde.

Siguió lanzado, ya que allí no existe límite de velocidad, hasta que la autopista terminó. Entonces puso su vehículo a cien, obedeciendo las señales. No obstante, un motorista le detuvo.

No lo hizo porque hubiera infringido ninguna norma, sino porque se había fijado en los cristales.

—¿Qué pasa? ¿Le han tiroteado?

—Sí.

—¿Y lo dice con esa tranquilidad? ¿Quién es usted?

Richard Tone mostró su credencial del Deuxième Bureau, el

Servicio de Espionaje y Contraespionaje francés.

El gendarme se cercioró de que no era falsa. Luego le miró con expresión aturdida.

—¿Necesita ayuda?

—No, gracias. Lo único que necesito es que nadie me entretenga. He de llegar cuanto antes a mi destino.

—¿A dónde se dirige?

—A Burdeos.

—¿Quiere que ponga sobreaviso por radio a mis compañeros de la ruta?

Tone movió negativamente la cabeza.

—No hace falta, gracias. Ya le digo que todo lo que necesito es salir aprisa.

—Bien, en ese caso siga. Y no se preocupe mucho por los límites de velocidad. Buen viaje.

Tone hizo un leve saludo.

—Gracias, amigo.

Volvió a salir, apretando el gas a fondo. Su coche era un «Ferrari» de dos más dos que volaba materialmente sobre el asfalto. Daba la sensación de no tocar la carretera, y sin embargo las ruedas se apretaban y se ceñían como ventosas en cada curva.

Tone recorrió así diez kilómetros, o sea que estuvo unos cinco minutos.

Y entonces reaccionó.

Sus facciones se volvieron levemente pálidas, mientras contraía los labios en una mueca.

Diablo, aquello no era normal. Ahora se daba cuenta. El motorista estaba solo en la carretera, mientras que los gendarmes siempre van de dos en dos.

¿Casualidad o...?

Richard Tone hizo aún más dura la mueca de sus labios.

Podía ser que hubiera metido la pata. Pudiera ser que la hubiese metido hasta el fondo.

En efecto, no se equivocaba al sospechar. El gendarme, en este momento, salía de la carretera y se introducía con su máquina por unos desmontes. Demostró ser un experimentado corredor de *moto-cross*, porque en unos momentos desapareció. Cuando estuvo a cubierto de miradas indiscretas, se quitó las botas y el uniforme,

apareciendo debajo con un equipo de cazador más o menos completo.

También cambió la placa de la moto, por el sencillo procedimiento de arrancar una matrícula, dejando visible la que llevaba debajo.

Luego izó la antena de la radio, disponiéndose a transmitir.

Lo hizo mediante unas sencillas palabras.

—Se dirige a Burdeos... Se dirige a Burdeos, vía *Tours* y probablemente Angulema...

Una voz seca vibró en los auriculares.

—Lo has tenido a tiro. ¿Por qué no lo has matado?

—Estaba alerta y me ha dado la sensación de ser peligroso. Además, pasaban otros coches.

—Bien. De modo que a Burdeos...

—El mismo lo ha dicho. Y estoy seguro de que ha creído que yo era un gendarme de verdad.

—De acuerdo, tu misión ha terminado. Vuelve a París.

La comunicación fue cortada.

El falso gendarme se frotó las manos, mientras miraba el cielo nuboso y gris que pesaba sobre su cabeza.

—A París... —susurró—. Estupendo. Las mujeres bonitas empiezan a salir precisamente ahora...

El segundo disparo se lo hicieron desde un camión que, estaba parado en una curva. Richard Tone lo vio cuando ya lo tenía prácticamente encima, y sólo su fantástica rapidez de reflejos le salvó.

El camión se había parado allí unos segundos antes para que él se estrellara. Eso era seguro. Su coche se hubiera hecho pedazos en la sólida caja metálica, mientras que los del mastodonte no hubieran sufrido más que leves rasguños.

Pudo evitarlo con una violentísima contracción de todos sus músculos, dando al volante un giro que hizo patinar al coche materialmente sobre dos ruedas.

El «Ferrari» pareció a punto de volcar. Pasó junto al camión y logró enderezarse cuando ya estaba a punto de salir de la carretera.

Fue entonces cuando dispararon desde la cabina, al ver que había fallado la primera trampa.

La bala penetró ahora por el parabrisas posterior y salió por el anterior. En el camino lógico del proyectil debió haber estado la cabeza de Richard Tone, pero esta vez la suerte le ayudó. El propio vaivén del coche, que iba de un lado a otro sin haber recobrado aún bien la dirección hizo que su nuca se apartara del camino de la bala. Ésta le produjo como una sensación de quemadura en la sien, pero no llegó ni a rozarle.

«Otro cuarenta y cinco», pensó.

No pareció demasiado alterado, después de aquello. O Richard Tone tenía nervios de acero o estaba drogado. El caso fue que su vehículo siguió rodando a toda velocidad, sin que se notara el menor temblor en las manos que asían el volante.

Miró ante sí.

Estaba llegando a Chartres, famosa en todo el mundo por su maravillosa catedral gótica. Las dos agujas desiguales se veían desde la carretera. Richard Tone pensó que iba a ser bastante complicado atravesar la ciudad con el parabrisas cosido a balazos, pero no le quedaba más remedio que hacerlo.

No se detuvo en ninguna parte. Aunque la gente le miraba, tampoco llamó demasiado la atención. Los franceses se han acostumbrado ya, para desgracia suya, a no sentir interés por el prójimo. Es rigurosamente cierto que un cadáver estuvo en el interior de un coche aparcado en el centro de París, junto al que pasaron centenares de miles de personas, sin que nadie se fijara en él. Y así Richard Tone atravesó Chartres sin contratiempos. Incluso más de uno debió pensar que aquello de los parabrisas hechos cisco era una nueva moda «pop».

Se mantuvo vigilante, con todos los nervios en tensión, mientras rodaba a más velocidad cada vez.

No tuvo ningún nuevo tropiezo, aunque daba por descontado que se preparaban nuevos golpes contra él.

Nada de aquello había ocurrido por casualidad. Todo obedecía a aquella maldita cartera que llevaba a su lado, en el asiento, y donde no había más que un papel, un miserable papel destinado a cierto establecimiento bancario de Zurich.

¿Miserable papel?

Richard Tone sonrió para sus adentros.

Aquella hoja valía cinco millones de francos suizos. Nada más y

nada menos. Cinco millones en la moneda más sólida de Europa, en compañía del marco alemán.

Su «Ferrari» se tragaba las largas carreteras casi solitarias, atravesando una de las regiones de Francia más famosas por la calidad de sus manjares, de sus vinos, de sus quesos.

La verdad era que Tone empezaba a sentir hambre.

Pero no podía permitirse el lujo de parar. Decidió seguir por *Tours* y rodar por lo menos hasta Angulema.

La hermosa ciudad medieval apareció ante sus ojos como si el tiempo no hubiera transcurrido, como si todavía sobre las almenas hubiera de recortarse la silueta de algún guerrero templario. Las sombras ya empezaban a cubrirlo todo y los relieves de Angulema tenían algo de fantasmal, de fuera de esta tierra. Richard Tone, que ya había encendido las luces cortas, vio un parador tras cuyos cristales fosforescía el resplandor de una pantalla de TV.

Se detuvo a cierta distancia y fue a pie. Llevaba la cartera bajo el brazo, perfectamente sujeta.

Claro que también estaba perfectamente sujeta la pistola que se le clavó en la columna vertebral, cuando apenas había caminado media docena de pasos.

Richard Tone no se movió.

Los músculos impasibles de su rostro no sufrieron ni la más leve sacudida.

—Allí.

La voz, a su espalda, le indicaba la playa de estacionamiento, un descampado a un lado de la carretera donde no se veía a nadie. El joven asintió con la cabeza.

Su enemigo bisbiseó:

—Quieto.

Estaban en una zona solitaria y de una oscuridad densa, casi impenetrable.

Mientras la derecha seguía sosteniendo la pistola, la izquierda le obligaba a mantenerse quieto.

A Tone le extrañó una cosa: que no le arrebataran la cartera. ¿No habían intentado matarle para eso? ¿Qué buscaban pues?

Claro que su asesino siempre tendría tiempo. Le quitaría la cartera después de muerto.

—Llevo un silenciador —dijo la voz, a su espalda—. Nadie se

enterará.

—Me parece una preocupación elemental.

—Entonces..., adiós.

—Adiós, muchacho.

Era Tone el que había hablado en último lugar, mientras movía levemente el codo derecho.

El golpe fue terrible, mortal, y, sobre todo, inesperado.

De su codo, al doblarse, había surgido una aguja de acero parecida a un espolón que inmediatamente atravesó la manga y penetró entre las costillas de su enemigo. La punta de ese espolón de acero estaba envenenada. El que recibía su «caricia» tardaba en morir unos instantes tan sólo.

Pero su enemigo aún tuvo tiempo de disparar, y Tone ya contaba con eso.

Su cuerpo sufrió una contracción brutal.

La bala le rozó el traje, «acariciando» materialmente su hígado. Tone cayó al suelo, debido a la violencia de su movimiento, y desde allí contempló a su enemigo.

Era un individuo de media edad, un fulano gris, uno de esos asesinos que no llaman la atención en ninguna parte y que son los más perfectos, porque luego nadie recuerda si tenían las cejas alzadas o, por el contrario, las llevaban en el bigote.

Su enemigo hacía terribles esfuerzos para disparar otra vez, pero estaba bien claro que ya no iba a conseguirlo.

El veneno actuaba rápidamente sobre él.

Se derrumbaba por momentos.

Richard Tone puso el brazo recto otra vez, y la punta de acero desapareció. Luego se sacudió las ropas.

Cuando se acercó al caído, éste ya estaba muerto.

Lo arrastró en silencio hasta debajo de un camión que tenía todo el aspecto de llevar varios días allí y lo ocultó cuidadosamente. Luego avanzó con toda tranquilidad hacia el parador.

Se sentó a la mesa y encargó una cena ligera, mientras en el modesto comedor los clientes engullían sin darse cuenta y contemplaban, en la pequeña pantalla del televisor, cómo un ministro explicaba que Francia era el país más seguro de la tierra.

La camarera, al traerle el vino, musitó:

—Se ha hecho un desgarrón en el codo derecho, señor.

Richard Tone se lo miró con expresión de perfecta inocencia.

—Ya haré que me lo arreglen —musitó—. Haré que me lo arreglen esta misma noche. Gracias, muñeca.

Cuando salió de Angulema, dejando atrás un cadáver, era ya noche cerrada, pero eso importaba poco. Pasó cerca de la estación del ferrocarril, en cuyas inmediaciones había un *camping* vacío y rodó por las rectas carreteras en dirección a las Landas y a Burdeos. A la velocidad que llevaba, esperaba estar allí dentro de muy poco tiempo. Y en Burdeos cambiaría el coche por una lancha rápida que le llevaría hasta Le Havre.

Todo esto hubiera podido parecer absurdo, con un mapa de carreteras en la mano. Tantas vueltas, ¿para qué? Pero sabiendo lo que Tone llevaba encima y sabiendo que le perseguían, cualquier maniobra para desorientar a sus enemigos estaba más que justificada.

Claro que él no estaba seguro de haberlo logrado.

¡Aquel maldito gendarme!... El le había hablado de su verdadera ruta, una ruta que ya no podía variar. Si no era un gendarme, sino un suplantador, las dificultades no habrían hecho más que empezar.

Y, en efecto, eso fue lo que ocurrió.

Porque en ese momento llegó la tercera bala.

CAPÍTULO II

Habían disparado fijándose en los faros encendidos y calculando la altura a que debía encontrarse el asiento del conductor. Eso no era difícil, sabiendo el modelo que guiaba. Con la ventaja para el tirador de que Tone no podía ni remotamente verlo.

No puede decirse que la suerte le fallara esta vez, pero tampoco salió tan bien librado como las otras. El pinchazo que sintió en el brazo derecho le hizo lanzar un gemido. El coche dio un terrible bandazo y estuvo a punto de salirse de la carretera nuevamente. Sólo su perfecta estabilidad y la rapidez de reflejos de Tone, evitó el desastre.

El emboscado tirador hizo fuego de nuevo, pero ya en muy malas condiciones. Las luces de *stop* del «Ferrari» acababan de difuminarse tras una curva.

Aprovechando que ahora venía un tramo recto, Richard Tone dejó el volante suelto.

Con la mano izquierda se tocó el brazo derecho. Retiró los dedos cubiertos de sangre.

Podía moverse bien, lo que indicaba que se trataba de una simple rozadura. Pero necesitaba cuidarla, para evitar la infección y, sobre todo, la pérdida de sangre.

Lanzó una maldición en voz baja.

El no había contado con esa complicación. Claro que podía dar gracias por el simple hecho de estar vivo, pero el retraso que le iba a causar aquella herida tal vez no podría recuperarlo.

Rodaba ya por la región de las Landas, cercana a Burdeos. Las Landas están cubiertas de espesos, de casi impenetrables, de misteriosos y enigmáticos bosques.

Richard Tone sacó su coche de la carretera y se introdujo por uno de ellos. Pensaba escamotear el «Ferrari» durante unos minutos y hacerse él mismo una cura de urgencia.

Las ruedas daban saltos por el terreno desigual. Y da pronto, Tone hubo de aplicar el freno con toda su fuerza.

Había estado a punto de atropellar a una mujer. Una mujer quieta, espantosamente quieta, tendida en el bosque.

CAPÍTULO III

Tone pegó casi un brinco en el asiento.

Había estado a punto de matarla, porque lo que menos pensó fue que pudiera haber un obstáculo allí. Pero los frenos no fallaron, y las ruedas se detuvieron a unos centímetros del inmóvil cuerpo femenino. Richard Tone se apeó, dejando solo encendidas las luces de situación, que le bastaban para ver lo ocurrido.

La mujer, o más bien la muchacha, seguía muy quieta.

Resultaba sorprendente verla, porque por un lado parecía una mujer de nuestro tiempo, y por otro una mujer de épocas pretéritas.

En primer lugar, llevaba unos ropajes negros y largos, que la hacían parecer una bruja de la Edad Media. Claro que si todas las brujas de entonces eran así, no se comprendía por qué las quemaban.

Debajo de aquella túnica, que estaba muy alzada, la chica llevaba poca cosa. Su ropa interior, muy picara, pues el ligero rosa se combinaba con las medias oscuras y los zapatos de *vedette*. Tone se pasó una mano por la boca. Pocas mujeres recordaba que fuesen tan tentadoras, tan jóvenes, tan bonitas como aquélla.

¿Qué demonios hacía allí?

¿Por qué estaba como desmayada en aquel solitario bosque?

Se inclinó sobre ella.

No había sufrido el menor daño. Parecía dormir. Pero pronto Tone se dio cuenta de que no era eso, sino que estaba drogada, o al menos lo parecía.

Le levantó la cabeza con una mano.

—Eh... Señorita... Señorita, ¿se encuentra bien?

Ella abrió un poco los ojos.

Tenía una extraña mirada color miel en sus ojos almendrados y quietos, de pupilas levemente dilatadas.

—¿Quién es usted?

Tone le cubrió un poco las piernas, para que ella no pensase que había querido aprovecharse de la situación en ningún sentido.

—Simplemente había entrado en el bosque un momento... Llevo muchos kilómetros en las ruedas y quería descansar. ¿Qué le ocurre?

—Nada...

Y de pronto miró a Tone mejor.

Palpitaba una luz extraña en sus ojos, como si pensara que en aquel hombre, al que no había visto nunca, había algo de sobrenatural.

De pronto gimió:

—Usted tiene que ser el enviado...

—¿El qué...?

—El enviado.

—¿Enviado de dónde?

—Las estrellas nos anunciaron que llegaría.

Tone la soltó con suavidad, pasándose luego una mano por la boca.

Aquella fuerte sensación de irrealidad le acometía otra vez. Le parecía haberse trasladado en cuestión de minutos a otro siglo, a otro ambiente. Incluso había pasado a sentir bruscamente como un fuerte dolor de cabeza.

Murmuró:

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Muy bien.

—¿Qué hacía aquí?

—Antes de la reunión tenía que descansar.

—¿La «reunión»?

—¿Es que no lo sabe?

Tone pensó con inquietud que había entrado en una especie de reino de locos, pero en todo caso debía reconocer que aquélla era una loca muy agradable.

No obstante, sintió deseos de irse.

Le era imposible perder el tiempo allí, por muy excitante que la situación resultara.

Hasta que, de pronto, aquel pinchazo le hizo recordar que estaba herido. Seguía perdiendo sangre. Necesitaba cuidar aquello o entonces sí que le iba a ser imposible seguir.

Ella se dio cuenta.

—Está herido... —susurró.

Y se sentó en el suelo, mirándole casi con miedo.

—No tiene importancia —dijo él—, pero quisiera hacerme una pequeña cura.

—Naturalmente que sí. Lo necesita.

—¿Vive usted cerca?

—Muy cerca. Al otro lado del bosque.

A Tone seguía dominándole aquella inexplicable sensación de irrealidad.

Al otro lado del bosque... Era como en los libros de cuentos.

Sólo que él había matado a un hombre y llevaba en el coche cinco millones de francos suizos. Nada hay tan concreto y tan sórdidamente real como el dinero y la muerte. Nada de cuentos de brujas.

Y, de pronto, aquel pensamiento se reforzó en la mente del joven. Claro... Brujas. ¡De eso precisamente iba vestida la muchacha!

¡Era, ahora que no enseñaba las piernas, como las brujas que todos hemos visto en los grabados de otro tiempo!

Otra vez Tone sintió deseos de marcharse cuanto antes, pero en su situación no podía elegir.

—Vamos —dijo.

Ella se puso en pie. Parecía muy solícita.

—¿Puede usted andar?

—Claro... Espere un momento.

Volvió al coche, retiró la cartera y apagó las luces de situación, llevándose las llaves de contacto. Desde la carretera era imposible ver el automóvil, de modo que sus perseguidores, si los había, pasarían de largo.

Caminó junto a la muchacha, que avanzaba como un autómata a través de los claros del bosque, entre los centenarios árboles.

—¿De verdad se siente usted bien?

—Sí. Me bastará con una cura de urgencia. Puedo hacérmela yo mismo.

—No piense en eso. Sólo tiene libre la mano izquierda y no lo haría bien.

—¿Me curará usted?

—Pues claro...

Vieron entonces la casa que, en efecto, estaba al otro lado del bosque, o mejor dicho, entre él, porque aún la ocultaban los árboles. Era de dos pisos y parecía muy vieja, pero sólida. La habían construido quizá tres siglos antes con piedra y argamasa. Quién sabe si en ella durmieron los mosqueteros de la Gascuña que se dirigían a uña de caballo a París, con la esperanza de ser contratados por el cardenal Richelieu.

Allí se respiraba una atmósfera extraña, inquietante, de otro tiempo.

Parecía como si los tres últimos siglos hubieran quedado marginados, como si su progreso, sus preocupaciones y sus inquietudes no hubieran llegado hasta el otro lado del bosque, donde estaba la casa.

Tone sintió vértigo.

Pero se dio cuenta de que era porque, en todo aquel tiempo, había ido perdiendo gran cantidad de sangre.

—Ya llegamos.

—¿Es suya la casa?

—Es de usted, es del «Enviado».

—¿Pero qué tonterías dice?

La hermosa muchacha ni siquiera le escuchaba. Diríase que había sido transportada, por alguna fuerza misteriosa más allá del espacio y del tiempo.

—Sígame —se limitó a murmurar.

—Primero quisiera aclarar algo.

—¿El qué?

—Yo no soy enviado de ninguna parte.

—Todo el mundo es «Enviado» de algún sitio —murmuró ella.

—Bueno, en ese sentido, sí... Alguien me envía, desde luego. Tengo una misión que cumplir.

—¿Lo ve?

—Pero mi llegada no estaba escrita en las estrellas.

—Todo está escrito en las estrellas. Todo está escrito desde el principio del tiempo.

Tone se volvió a pasar una mano por la boca.

¿Astrología? Los astrólogos dicen eso: que todo está escrito en las estrellas desde el principio del tiempo. Y se publican libros de

horóscopos, y hay revistas que pagan a buen precio a sus colaboradores la sección de los signos del Zodíaco. Sí, todo aquello era cierto. La muchacha no decía nada que no fuera normal, incluso en nuestro tortuoso siglo Veinte. Pero, sin embargo, Tone no podía evadirse de aquella brusca, indomeñable sensación de pesadilla.

Entraron en la casa.

Ésta era tan vieja por dentro como por fuera, aunque un anticuario hubiese pagado muy buen precio por aquellos muebles que en su época habían sido de gran calidad, y ahora, además, tenían «tono». El joven se fijó, sin embargo en otros detalles: las vigas carcomidas, las paredes de madera donde ya había agujeros... Pero se estaba bien allí, porque el frío del exterior no atravesaba aquellos muros. Un alegre fuego chisporroteaba en la enorme chimenea.

—Le agradezco su hospitalidad —dijo a la muchacha—. Si quiere curarme, me hará un gran favor. Y luego me marcharé.

—¿Qué dice? Usted no podrá irse.

—¿No? ¡Qué tontería!

—No podrá irse porque algo se lo impedirá.

—¿Qué me lo va a impedir?

—Está escrito en las estrellas.

—Eso de las estrellas es una tontería.

—También está escrito en los viejos libros de la sabiduría —musitó ella, como si recitara algo aprendido en otra vida—: «El “Enviado” dirá que no lo es. Negará cien veces su condición y tratará de confundir a sus siervos».

Tone estuvo a punto de lanzar una carcajada.

—Esto es cómico —dijo—. Amiga mía, he venido en un «Ferrari» de seis cilindros que se traga doce litros por cada cien. En Francia vale ciento treinta mil francos nuevos, más impuestos. En París no hay dónde aparcar. Uno tiene que dejar una joya así tirada en cualquier cochina calle. Los hoteles están llenos, las casas llenas, las universidades llenas. Vivimos en el sucio, en el repelente, en el tumultuoso siglo Veinte, que es de un materialismo rabioso. ¿Y usted me habla de los viejos libros de la sabiduría?

Ella no contestó.

Parecía dar por supuesto que el «Enviado» tendría que decirle aquello, o al menos algo muy parecido.

—Siéntese —musitó.

—Gracias.

Tone se quitó la americana y la depositó en una silla junto a la cartera, siempre al alcance de su mano. También se quitó disimuladamente el resorte acoplado a su codo y que hacía surgir la punta envenenada. En conjunto, y mientras aquello no funcionara, abultaba menos que un pañuelo doblado. Luego se subió la manga de la camisa.

Ella traía alcohol, vendas y desinfectantes.

—Esa herida tiene mal aspecto —dijo.

—Sí.

—Ha perdido mucha sangre.

—Su... supongo que sí.

—¿Y aún duda de lo que le he dicho?

—¿Qué... me ha dicho?

—Que no podría irse.

—Se equivoca, hermana. En cuanto me haya curado un poco y me haya cortado la hemorragia, me largaré.

Ella rió silenciosamente.

Parecía muy segura de sí misma, mientras que Tone, por el contrario, cada vez se sentía menos dueño de sus fuerzas.

Ella demostró ser una hábil enfermera. Le limpió bien la herida, que tenía un feo aspecto, y le vendó con el mayor cuidado. Pero una progresiva debilidad se había ido apoderando de Richard Tone. Se dio cuenta de que sólo la tensión nerviosa le había mantenido en funciones hasta aquel momento. Pasada la tensión, todo su organismo se derrumbaba.

Le pareció que el rostro de la muchacha se iba y se acercaba, se acercaba y se iba.

Iba a desmayarse, y eso le pareció ridículo. Pero las cosas ridículas suceden de vez en cuando, aunque a nosotros no nos gusten y hagamos lo posible por evitarlas.

—Necesito tenderme en algún sitio cinco minutos —susurró—. Luego me sentiré mejor.

—Lo que usted necesita es una transfusión de sangre.

—No diga tonterías.

—Claro que sería inútil avisar a un médico. No vendría hasta aquí.

—¿Por qué?

—Porque es nuestra noche.

Tone no reaccionó ni siquiera delante de aquellas extrañas, de aquellas inexplicables palabras.

Cada vez se sentía más dominado por aquella sensación de vértigo, de pesadilla.

Ella le ayudó a ponerse en pie.

—¿Puede subir unas escaleras?

—Sí, claro.

—Allí estará bien.

—Mi cartera, por favor.

—Tome.

Ella se la tendió sin darle importancia, lo que hizo comprender a Tone que al menos por ahora podía estar tranquilo a este respecto.

Subieron al piso superior, que era el más alto de la casa. Los viejos peldaños de la escalera crujían y gemían como los espíritus atormentados de todos los demonios del otro mundo. Parecía como si fueran a derrumbarse, pero resistieron.

Una vieja puerta de madera de roble fue abierta ante sus ojos.

La habitación era antigua, pero confortable. El suelo de madera también crujía. Una cama alta, de varios colchones, ocupaba el sitio de preferencia.

A Tone le pareció la salvación. Nunca había deseado tanto una cama como en aquel momento. Se estaba desmayando por instantes. Las rodillas ya apenas le sostenían.

Pero aún tuvo serenidad, al dejarse caer sobre ella, para conservar la cartera bajo su cuerpo. Así no se la quitarían.

Ella murmuró:

—Ya le dije que no se marcharía...

Y pareció como si su voz fuera terriblemente burlona, como si procediera de otros labios que hablaran a través del tiempo. Pero a Tone eso ya no le importaba.

Porque ni siquiera llegó a oírlo.

CAPÍTULO IV

Recuperó el sentido no supo cuánto tiempo después. No lo supo al menos al principio, hasta que consultó su reloj. Vio entonces que eran las once de la noche.

Debían haber transcurrido más de tres horas desde que cayó desplomado sobre aquella cama.

Pero ya se sentía mejor. Los efectos de la pérdida de sangre habían sido superados.

Miró en torno suyo.

Seguía estando en la misma habitación vieja y acogedora, donde cada rincón hablaba del confort de otras épocas. Se dio cuenta de que se estaba muy bien allí, y tardó en comprender el porqué. Era sencillo, sin embargo. Fuera se desencadenaba una auténtica tempestad, una tempestad tan tremenda, con tal aparato eléctrico y caída de trombas de agua, que nadie debía atreverse a circular por la cercana carretera.

Por eso en la vieja casa se tenía la sensación de estar protegido, la sensación de encontrarse admirablemente bien.

Tone se desperezó, vio que sus músculos respondían y comprobó el contenido de su cartera.

Todo estaba en orden. No había sido tocado nada.

Se puso en pie.

Ya empezaba a sentirse más fuerte y en disposición de marchar. Claro que con aquella tromba de agua... No, no. Era imposible.

Resolvió esperar un poco.

Y entonces oyó ruido en el piso inferior, como si alguien caminara bajo sus pies.

Unos tacones de mujer.

Tenía que ser la encantadora bruja, la muchacha que le había traído hasta allí.

Se dio cuenta entonces de que en el suelo parecía brillar un

objeto. Tardó en advertir que no era una cosa brillante, sino algo más sencillo: un agujero en las carcomidas tablas. Era un agujero redondo, del tamaño de una moneda, por el que se podía mirar.

Richard Tone, con sigilo, se inclinó sobre aquel agujero.

Le dominaba la curiosidad. Quería saber lo que hacía 3a bruja en aquel momento.

Y la boca se le quedó seca.

¡Demonios! ¡Cuánta gente hubiera dado algo por poder mirar a través de aquel sencillo orificio!

La habitación de abajo correspondía, al parecer, al dormitorio de la muchacha. Ella debía estar paseando, por lo cual no la vio en el primer instante. Pero luego la belleza de la mirada color miel se sentó en el borde de la cama, justo debajo del observatorio de Tone.

Tone se dio cuenta de que él estaba mejor de lo que creía.

Porque al ver aquella deliciosa figura, todos sus nervios se pusieron a vibrar.

¡Qué mujer!

¡Diablo, aquello sí que era una señora!

Tone nunca se hubiera cansado de mirarla, pero al fin se dijo que no era decente su actitud.

Era como robar a la chica su intimidad. Era como hacerle una traición, pese a que ella se había portado muy bien y le había favorecido en lo posible hasta aquel momento.

Se retiró poco a poco.

Y entonces se dio cuenta de que algo ensordecía su cabeza. Era la tromba de agua, más fuerte cada vez.

Pero un rumor dominaba ese sonido.

Tone no podía creerlo.

¡Eran cánticos! ¡Cánticos de mujeres que se acercaban!

Se puso en pie, se asomó a la ventana, mirando por un costado de ésta para no ser visto, y las distinguió. Eran dos bultos que avanzaban bajo la tromba de agua. Dos gruesas capas los cubrían por completo, tapando sus cabezas. Llevaban en sus manos dos viejos y anacrónicos faroles de aceite, con los que alumbraban dificultosamente el camino.

Era seguro que se dirigían hacia la casa. Parecían dos brujas como las que todos hemos visto en los grabados o en algunas películas. Uno, al distinguirlas, tenía la sensación de que aquello no

era verdad, de que estaba soñando. Tone se retiró poco a poco de la ventana.

Nunca se había encontrado en una situación tan estúpida y al propio tiempo tan inquietante.

Una especie de campanilla acababa de sonar en las entrañas de la casa.

Alguien llamaba.

Tone se inclinó de nuevo sobre el orificio del suelo, para ver lo que hacía la muchacha.

La distinguió muy bien.

Ella acababa de levantarse del lecho donde había estado sentada. Se acarició una media al andar. Sus piernas, sobre los altos tacones, parecían las de una diosa.

Al desaparecer ella, Richard Tone sintió como una brusca desazón. Comprendía que lo prudente era irse de allí, pero no podía. Algo le inmovilizaba, le tenía como aturdido. ¿Quién es el hombre que no ha vivido un momento semejante? Tone no quería alejarse de aquella muchacha porque estaba seguro de que, si lo hacía, no volvería a verla más. El extraño influjo que ejercía sobre él, era más fuerte que todos sus demás pensamientos.

Se sentó en la cama donde había descansado aquellas horas y se miró el brazo.

Le empezaba a doler, y notaba que la fiebre le estaba subiendo. No había duda de que pasaría una noche de crisis. Quizá a la mañana siguiente estaría mucho mejor, pero por el momento le quedaban unas cuantas horas malas.

—No puede ser —masculló, queriendo convencerse—. He de llegar a Burdeos cuanto antes...

Pero no se movió de allí.

Era una temeridad conducir con aquella tromba de agua. Por eso no pasaba nadie por la carretera. Si tenía un accidente, era muy posible que la cartera se esfumase. Y el documento que llevaba en ella era al portador...

Cerró un momento los ojos.

La fiebre le iba dominando poco a poco.

Le parecía que la habitación daba vueltas en torno suyo, y cuando quiso ponerse de nuevo en pie las rodillas le fallaron levemente.

Lanzó una maldición en voz baja, mientras se tendía de nuevo en la cama.

Le pareció que alguien subía. Los peldaños de madera gemían lastimosamente.

Pero no prestó atención. Una terrible angustia le dominaba. Tuvo la sensación de que se elevaba por los aires, de que perdía el sentido. Y, en efecto, así era, pero el propio Richard Tone no se daba cuenta.

No supo cuánto tiempo llevaba así.

Le parecía no tener peso, flotar por los aires. Sin embargo, se daba cuenta de la realidad, confusamente. Tenía que salir de allí, tenía que llegar a Burdeos como fuese, o al menos avisar...

La lancha rápida le estaría esperando.

Llevaba demasiadas horas de retraso. Le buscarían, y si fracasaba... Pero, no; él no podía fracasar en una misión como aquélla.

Bruscamente le pareció que no estaba solo en la habitación.

La lluvia había cesado, y ahora se oían los demás sonidos. Las tablas crujían misteriosamente. Roces furtivos llenaban el aire. Richard Tone se llevó la derecha a los ojos, intentando despabilarse.

Fue su instinto lo que le salvó. Después de vivir entre continuos peligros, había en él como un sexto sentido que le avisaba. No vio la hoja de acero, sino que la presintió. El puñal rozó la piel de su cara y se hundió en la almohada rabiosamente.

CAPÍTULO V

Tone se revolvió.

Abrió los ojos y no distinguió nada. En el primer instante tuvo la absurda sensación de que se había vuelto ciego. Tardó unas décimas de segundo en comprender que estaba apagada la luz. La habitación había quedado a oscuras.

Confusamente vio brillar la hoja de acero otra vez.

Giró sobre sí mismo, dando una vuelta sobre la cama. El puñal se clavó entre las ropas otra vez. Bruscamente, Tone se encontró en el suelo.

Las tablas del suelo crujieron nuevamente.

Alguien se alejaba.

Tone vio confusamente un destello de luz, al abrirse la puerta de la habitación. Una especie de sombra salió. Luego la oscuridad volvió a rodearle.

Richard Tone se puso en pie.

Antes de procurar encender la luz, fue hacia la cama y la palpó. La cartera seguía estando allí, lo cual indicaba que no habían intentado robársela, o que en todo caso no la habían encontrado.

Palpó entonces las paredes, buscando el conmutador de la electricidad. Al moverlo, una claridad difusa llenó la habitación. Tone se dio cuenta de que estaba solo. Las dos cuchilladas se dibujaban claramente ante sus ojos, una en la almohada y otra en el centro de la cama.

Todo aquello despabiló por completo al joven. A pesar de que le zumbaban las sienes a causa de la fiebre, ya se sentía mucho mejor. Sus piernas respondían perfectamente.

Un espejo que había al otro lado de la habitación le devolvió su imagen. Estaba algo pálido, aunque por lo demás, su aspecto parecía normal. Abrió la puerta y miró lo que podía verse de la planta baja. La muchacha estaba allí.

Sola.

La extraña túnica negra cubría ahora su cuerpo, pero sus bordes estaban bastante altos, de modo que el espectáculo de las piernas de la chica seguía siendo fascinante. Tone empezó a descender.

Los peldaños crujieron.

Ella alzó la cabeza y sonrió de una forma extraña.

—¿Cómo se siente? —le preguntó.

—¿Usted qué cree?

—No tiene mal aspecto.

—Pues ésa será la única cosa en la que tengo suerte —murmuró Tone.

—¿Qué quiere decir?

—¿Por qué no sube conmigo y lo verá?

Ella se puso en pie, la túnica cayó hasta sus tobillos y desapareció el seductor espectáculo.

—¿Es que le ha ocurrido algo? —musitó.

—Valdría la pena que lo viera.

—De acuerdo —susurró la muchacha— subiré con usted.

Tone se apoyó en una de las paredes, mientras ella miraba la cama. Hubiese querido evitarlo, pero no podía apartar los ojos de la figura de la muchacha. Demonios, aquella tigresa le parecía más bonita cada vez...

La misma fiebre le producía una excitación anormal, una especie de delirio que había sentido muy pocas veces en su vida.

—¿Cómo te llamas? —murmuró.

—Arianne.

—Hermoso nombre. Y dime, Arianne, ¿no te llama la atención lo que ves ahí?

—Han intentado matarte —reconoció.

Pero lo dijo con tanta sencillez, con tanta tranquilidad como si hablara de que hacía muy mal tiempo aquella noche.

—Están intentando matarme desde que salí de París —dijo Tone—. No sé cómo he podido librarme hasta ahora.

—Si han intentado matarte otras veces no lo sé ni es cosa mía —dijo Arianne, con la misma incomprensible tranquilidad—. Pero que lo hayan intentado en esta casa es lógico.

—¿Lógico? ¿Por qué?

Tone seguía teniendo la sensación de que estaba soñando.

—Porque quieren librarse de ti —musitó Arianne.

—¿Quiénes?

—Ellas.

Tone recordó los dos bultos que había visto llegar a la casa, bajo la lluvia. Aquellas dos fantasmales mujeres que entonaban cánticos y de las cuales no había vuelto a encontrar luego el menor rastro.

—¿Ellas? —musitó—. ¿Te refieres a las dos que han venido aquí antes?

—Claro...

—¿Quiénes son?

—Tú debes saberlo, puesto que están bajo tu dominio.

Richard Tone se llevó otra vez la mano a los ojos.

Infiernos... ¿Era él o no era él? ¿Todo aquello correspondía a la realidad o a un sueño? ¿De qué le estaba hablando Arianne, la muchacha que le volvía loco, y no sólo por su hermosura?

—De modo que están bajo mi dominio —dijo—. Tiene gracia... ¿Sabes en qué año estamos?

—En mil novecientos sesenta y nueve.

—Por lo tanto, nos falta ya poco para terminar el siglo Veinte. La gente ya no cree en poderes maléficos ni en brujerías, preciosidad. Ni cree que el diablo o sus enviados se preocupen de hacernos la vida más difícil en nuestro sórdido mundo. Ni yo domino a nadie ni sé quiénes eran aquellas dos malditas brujas. De modo, que habla con claridad.

—Tú lo has dicho.

—¿He dicho qué...?

—Se trataba de dos brujas.

Tone chascó dos dedos de su mano izquierda, con un gesto de malestar.

—Repito que estamos en el siglo Veinte, Arianne. Basta de tonterías.

—¿No me crees?

—Puede que me vuelva loco antes de amanecer si te sigo escuchando, pero por el momento no lo estoy.

Ella no contestó.

Se limitó a encogerse de hombros.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó al cabo de unos instantes.

—Voy a irme.

—Me parece un deseo muy razonable. De todos modos, el viaje es peligroso en una noche como ésta. Ha cesado la lluvia y ha empezado la niebla. Viene del río...

Fíjate. Si miras a través de la ventana, no distinguirás apenas lo que hay a una docena de pasos.

—De todos modos me iré.

—No te sientes bien aquí, ¿verdad?

—Tengo la sensación de que estoy borracho. Debe ser...

Ella le miraba irónicamente.

—¿La fiebre? —musitó.

—Sí, naturalmente... Tiene que ser la fiebre.

—Yo te demostraré lo contrario. Nunca has visto las cosas con tanta claridad como ahora. Precisamente es ahora cuando has vuelto a ti mismo, cuando has *regresado*. Ahora eres tú realmente otra vez, aunque no quieras creerlo. Te lo demostraré.

—¿Qué es lo que quieres demostrarme?

—Cuál es tu verdadera personalidad.

—Me llamo Richard Tone, y soy...

—No, no hace falta que me lo digas.

—Si no fuese por el dolor de esta condenada herida, creo que me hartaría de reír. ¿De modo que no sé ni quién soy?... Tiene gracia. Poseo un oficio, unos documentos de identidad, un domicilio fijo. ¿Qué otra cosa tratas de demostrarme?

—Tú mismo lo verás. Sígueme.

Había una sugestión, una autoridad tal en la voz de la muchacha, que él obedeció.

No tuvo inconveniente en seguirla a una habitación del mismo piso, y atravesar una puerta que chirrió lúgubrementemente al ser empujada.

Allí la luz era aún más triste, más difusa que en el dormitorio. A través de un ventanuco abierto se veía la niebla. Era tan espesa, tan inquietante como una masa gelatinosa que lo cubriera todo, que hubiera invadido los campos, borrando sus contornos, desnudando los árboles.

Pero Tone olvidó enseguida aquel pensamiento para concentrar toda su atención en la habitación donde se encontraba ahora.

Se trataba de una pieza rectangular y húmeda, que debía ser empleada para guardar cachivaches y trastos. El joven vio allí viejos

objetos artísticos de cobre, algunos de gran valor, tallas de madera, cuadros y hasta una colección de monedas que se cubría de polvo en una caja. Todo aquello hubiera hecho las delicias, y quizá la fortuna, de un anticuario, pero Arianne no parecía prestarle la menor atención.

Todo su interés estaba concentrado en unos cuadros apoyados en la pared, y que formaban un confuso montón. Cualquiera hubiera dicho que eran cosas inservibles, pero Tone reconoció, por su estilo, algunas buenas piezas de la escuela flamenca. Claro que quizá eran copias sin demasiado valor; él no era experto en arte y, por tanto, no podía precisarlo.

Arianne buscaba entre los cuadros.

Parecía haberse olvidado de él, así como de la espesa niebla que cubría enteramente la casa, que la rodeaba y la hacía desaparecer como si se la hubiera tragado el bosque.

Al fin extrajo uno de los cuadros.

Era uno de los pocos que estaban enmarcados. El marco era viejísimo y en otras épocas fue dorado; ahora tenía un color indefinible, una pátina como sólo se encuentra en algunas imágenes de los viejos templos de Europa.

Pero Tone apenas se fijó en eso.

No pudo fijarse porque el asombro le dominaba, porque una desazón que no había sentido nunca le impedía respirar. No pudo fijarse en eso porque sus ojos se habían clavado en la imagen que aquel cuadro reproducía.

Su boca se entreabrió y luego se cerró bruscamente. Con ello sus dientes entrechocaron.

Porque el hombre que estaba reproducido en aquel viejo cuadro era él. No le cabía duda de eso. ¡Era él mismo, pintado tres siglos atrás!

CAPÍTULO VI

Ella se lo mostró.

Arianne no parecía asombrada, como si aquél fuera un hecho evidente para; ella. Como el colegial que dice a su amigo: «¿No lo ves, tonto? Ya te lo había explicado antes. Dos y dos son cuatro».

El hecho de que él estaba en aquel cuadro parecía ser para Arianne una de esas verdades incontestables, rotundas, que no necesitan discutirse.

—¿Pero qué es esto? —balbució Tone.

—¿No lo ves? Eres tú.

—No voy vestido... como ahora.

—Desde luego que no. Cuando te hicieron este retrato eras burgomaestre en Amsterdam. Aquí bajo está la fecha. Sí... Mil seiscientos setenta. Hace tres siglos prácticamente. Te destituyeron por prácticas demoníacas.

Tone sintió que sudaba.

Cuando uno está dominado por la fiebre, le suele acometer una terrible sensación de irrealidad. Le parece que todo lo que sucede en torno suyo es imaginación, es mentira. Y eso le sucedía a Tone, aunque no podía negar que aquel cuadro existía y estaba ante sus ojos.

Lo tocó, para mayor seguridad.

Estaba tan lleno de polvo que hasta la imagen resultaba borrosa. Con su pañuelo limpió la cara, aunque eso sólo le sirvió para convencerse más aún de que era él mismo, si bien con una expresión distinta.

—También te destituyeron porque esas prácticas demoníacas las aprovechabas para cosas... digamos más de esta tierra que pisamos. Las prácticas demoníacas te servían para dominar las mujeres que te interesaban y disfrutar de ellas. No se puede negar que en esa época tenías muy mala fama.

Tone dijo con un soplo de voz:

—Todo eso es una absurda, una ridícula mentira.

—¿De verdad piensas así?

—¿Qué otra cosa había de pensar?

Ella se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras; a mí no me importa.

—¿Pero es que crees que yo soy algo así como un resucitado? —musitó él, lleno de asombro—. ¿Piensas eso y estás ante mí tan tranquila, como si fuera la cosa más natural del mundo?

Arianne hizo un delicioso mohín con los labios.

—¿Por qué ha de darme miedo una cosa así? Eres tú el desdichado, no yo. Hay personas que, para desgracia suya, no mueren nunca.

Tone cerró un momento los ojos y dijo, como si aquello fuera una letanía:

—Me llamo Richard Tone, tengo veintisiete años y soy funcionario del Gobierno francés. Nací en París y vivo allí. Cada mañana, cuando no tengo que viajar, me levantó a las siete, me ducho con agua fría, me afeito y desayuno café solo. A continuación trato de sortear los embotellamientos, los gendarmes, las multas y las calles de dirección prohibida para llegar a mi oficina sobre las ocho y cuarto. Allí trabajo hasta las doce y media, hora en que salgo a tomar un bocadillo. Vuelvo a la una y permanezco allí encerrado hasta las cuatro, hora en que quedo libre, pero no demasiado, porque entonces voy a la Sorbona, donde estudio Ciencias Políticas. Conozco algunas chicas y tengo sobre ellas toda clase de malas intenciones, pero todos mis planes fracasan, y una y otra vez se me escabullen de entre los brazos. Gano menos dinero del que necesitaría, y una vez a la semana voy al cine. ¿Puedes imaginar vida más vulgar? Millones y millones de hombres viven como yo en este país donde todo empieza a estar ya mecanizado. ¿Y aún crees que yo viví hace tres siglos? ¿Y qué tengo algo así como tratos con el demonio?

Cascó dos dedos, con un gesto de hastío, y sujetó el cuadro fuertemente.

—Aunque sea tarde —preguntó—, ¿dónde encontraré un experto en arte?

—La población más cercana es Royan muy cerca del río Gironde.

—¿Hay allí algún experto?

—¿Para qué lo necesitas?

—Es cosa mía.

Ella pareció vacilar un momento, y luego decidió:

—Sí... En Royan vive *monsieur* Gornot. Es conservador de un museo de Burdeos. Un verdadero experto, por descontado. Pero a estas horas no querrá recibirte; te echará con cajas destempladas.

—No te preocupes; me recibirá.

Su excitación era tanta que ya no notaba ni el dolor ni la fiebre. Tomó el cuadro y salió de la habitación.

Casi no se acordaba ni de que habían intentado matarle.

Sólo le preocupaba aquella cosa absurda: que él hubiera tenido otra vida. Le estaban engañando, y él lo demostraría.

Una terrible sensación de frío le dominó al salir.

El viento punzaba en su piel como un millón de agujas envenenadas, pero lo olvidó pronto. Con el cuadro y con la cartera de documentos sólidamente sujeta, se dirigió al lugar donde había dejado su coche. Entre la niebla y en el bosque era muy fácil extraviarse, pero él encontró el lugar. Su «Ferrari» brillaba quedamente. Se sentó al volante, dio contacto y el coche respondió.

Un momento después estaba en la carretera.

No veía nada a diez metros. Ni los faros antiniebla lograban atravesar aquella espesa capa que parecía algodón.

Pero por fortuna nadie circulaba, y eso le permitió avanzar con relativa seguridad.

Pronto vio el indicador, a la derecha: «Royan». Y un poco más abajo otro cartel que indicaba, las horas de las misas. Y otro anunciando que la villa tenía 1200 lectores de *París Match*.

¿Cómo le había dicho Arianne que se llamaba el conservador del museo? Ah, sí... Gornot.

Vio la puerta de un café, a través de cuyos cristales se filtraba una luz color crema. Se detuvo y entró.

Había pocos clientes. Se respiraba dentro un espeso olor a cigarrillos y a café mal hecho. Unos cuantos rostros sorprendidos se volvieron hacia él.

El dueño, que llevaba una gorra encasquetada hasta las orejas, le preguntó:

—¿Qué? ¿Busca a alguien, amigo?

—A *monsieur* Gornot.

—No hace ni cinco minutos que ha terminado su partida y se ha ido de aquí. Todavía le encontrará despierto si se da prisa. Vive tres casas más abajo.

—Bien... Muchas gracias.

El otro hizo un gesto de aburrimiento, como queriendo significar: «Vaya... ¡Cuadritos a esta hora!...».

Tres casas más abajo había una puerta y unas ventanas por las que se filtraba luz. Tone llamó.

La que le salió a abrir era una muchacha que parecía arrancada de un cuadro de Rubens: llenita, sonrosada, con cara de salud y con aspecto de estar esperando decir que si a cualquiera que le preguntara si quería divertirse. No llevaba más que una bata semitransparente, con un abrigo sobre los hombros. Miró a Tone con expresión divertida.

—¿Quiere hacer tasar un cuadro a estas horas? —preguntó—. Tiene gracia... Mi tío ya va a acostarse.

—Dígale que es urgente. Le pagaré lo que sea.

—Le han propuesto un negocio rápido y no quiere que le engañen, ¿eh?

—Sí, eso es... No quiero que me engañen.

Ella se alejó, contoneándose. Tone sintió deseos de ir detrás. Demonios, ¿quién le había dicho que él no vivía en esta tierra?

Gornot resultó ser un tipo sesentón que no se merecía una sobrina como aquélla, si realmente era su sobrina. Lanzó una par de gruñidos al ver a Tone y le dijo que una tasación a aquella hora le costaría doscientos francos.

—A veces hay grandes negocios con eso de la pintura —explicó, mientras sacaba una lupa del cajón central de una mesa—. Precisamente en esta comarca uno da con verdaderos hallazgos, pero hace falta estar bien orientado. Puede que este cuadro que usted me trae no valga nada, o puede que signifique una verdadera fortuna.

Lo examinó con la lupa.

Tan abstraído estaba en los detalles técnicos que ni siquiera pareció darse cuenta de que el hombre que se lo traía era el mismo que estaba representado allí.

—Lo que me figuraba... —dijo al cabo de unos instantes—.

¿Cuánto le han pedido por él?

—Pues..., pues... —dijo una cifra al azar—. Dos mil francos.

—No los pague. El cuadro es muy antiguo, pues está pintado en la fecha indicada; de eso no hay duda. Lo que ocurre es que el pintor resulta malo; no tiene nombre. Si quiere tenerlo como simple antigüedad, pague quinientos francos por él.

Tone estaba asombrado.

Con un soplo de voz balbució:

—¿Dice que ese cuadro es muy antiguo?

—Desde luego. Tiene tres siglos. Hay detalles que no fallan.

¿Quiere un informe técnico?

—No..., no hace falta. ¿Pero está seguro de no equivocarse?

—¡Claro que lo estoy!

Richard Tone sentía frío en la columna vertebral.

Pagó lo que el otro le pedía y salió, sin acordarse ni siquiera de la sobrinita, que le miraba desde lo alto de la escalera.

Una especie de nube pasaba por delante de sus ojos.

¿Qué absurdo era aquél? ¿En qué especie de casa de locos se había metido?

¿O quizá no era aquello una locura sino una serie de sórdidas y siniestras realidades?

Chascó dos dedos y tomó una decisión.

Al diablo.

Si en su vida había algo que no tenía explicación, algo sin nombre, algo que él ignoraba, prefería seguir ignorándolo.

De modo que resolvió olvidar todo aquello. Se dirigió de nuevo hacia su coche, con intención de rodar hasta Burdeos.

No tenía más que remontar el curso del Gironde y atravesarlo por uno de los puentes que había más abajo. Aun contando con la niebla, le bastaría una hora para estar en la capital.

Ése era su propósito al menos.

Pero tuvo que variarlo cuando su «Ferrari» se convirtió en una especie de ataúd metálico, un ataúd donde, además, estaba él dentro.

CAPÍTULO VII

El fuego cruzado empezó a llegar desde todas partes. Richard Tone sintió los impactos de las balas en la plancha y se dejó llevar por sus reflejos, por su instinto, ya que de otro modo no tendría la menor oportunidad de salvar su vida.

Se encontró sin saber cómo tendido en los asientos delanteros. Las balas pasaban por encima suyo, rozándole. Un par de ellas se llevaron parte del volante. Otras destrozaron el tablier.

Tone comprendió que sólo era cuestión de segundos el que alguna de ellas le alcanzara.

Abrió la portezuela del lado que estaba su cabeza y salió disparado por ella. Unos segundos después las balas habían cerrado de nuevo aquella portezuela. El quedó hecho un ovillo en el suelo, respirando agitadamente, mientras sujetaba con fuerza la cartera.

El cuadro quedaba dentro del coche, pero eso le importaba poco ahora.

Las balas seguían cribando el vehículo.

Sus enemigos, seguramente tres, no se habían dado cuenta aún, a causa de la oscuridad y de la niebla, de que él estaba fuera.

Tone se arrastró sobre sus espaldas a toda la velocidad que pudo, alejándose del vehículo.

Suponía lo que iba a suceder y, en efecto, sucedió unos instantes más tarde.

El depósito de gasolina se inflamó y estalló. Todo el «Ferrari» se convirtió en una enorme pira. Menos mal que pagaba el Gobierno francés...

Las llamas envolvieron por completo al vehículo. Se oyeron unas imprecaciones en francés, con acento corso.

—¡Idiota!

—¡No tenías que haber tirado así!

—¡Tú eres el responsable! ¡Sólo tú! ¡Ahora se habrán quemado

también los documentos!

Tone apretó los labios.

De modo que eran corsos... Hubiera apostado cualquier cosa a que se trataba de matones a sueldo. Entre los corsos de París es relativamente fácil contratarlos, porque por lo general forman un clan de hombres dispuestos a todo, que gastan mucho y ganan poco. Por ello siempre están dispuestos a ganar algo más... como sea.

Tone se puso en pie y se pegó a una de las paredes.

La niebla le protegía.

Lo que para él había sido un obstáculo, se transformaba ahora en el mejor aliado que tenía en este momento.

Una verdadera conmoción se estaba produciendo en la pequeña ciudad de Royan.

Las ventanas se habían abierto, la gente chillaba detrás de las puertas.

Tone se deslizó hacia la carretera.

Era curioso lo que le pasaba.

Aunque ahora sí que había estado a punto de morir, esto le intranquilizaba mucho menos que lo sucedido en la casa de Arianne.

Por lo menos esto no parecía un sueño.

Por lo menos esto tenía el aspecto de una cosa real, de las que a un hombre como él pueden sucederle todos los días.

Cuando estaba en una calle lateral y silenciosa corrió, alejándose hacia la carretera.

Los gritos y las maldiciones iban quedando atrás.

No cabía duda de que los tres corsos habrían huido también, aunque seguramente en otra dirección, porque no se advertía ninguna presencia humana por aquel lado.

Tone se detuvo al borde de la carretera.

Había perdido su coche, pero conservaba la piel más o menos entera y, sobre todo, el documento que le habían ordenado llevar a Zurich, dando aquel extraño rodeo. De modo que estaba decidido a continuar hasta Burdeos. No resultaría tan difícil atravesar el Gironde, haciendo auto-stop.

Lo malo era que no se veían luces en la carretera.

No pasaban ni los grandes camiones que hacen el aprovisionamiento de la capital del buen vino.

Claro que quizá era demasiado pronto, pensó Tone.

Pero no fue demasiado pronto para que aquel cañón se clavara entre sus costillas. Para que aquella sombra que había surgido en silencio tras él le transmitiera su anuncio de muerte.

Richard Tone alzó un poco las manos, mientras contenía la respiración y tensaba sus músculos.

Pero sabía que todo iba a ser inútil, que no podría librarse.

Estaba bien atrapado esta vez.

El que estaba junto a él tenía que ser uno de los corsos; lo notó por su acento.

—Muy bien, muchacho... De modo que has podido escapar, ¿eh?

—Creí que estabais al otro lado de la población.

—Los otros dos sí, pero yo no soy tan idiota. Nos hemos repartido, al darnos cuenta de que no había nadie en el coche. Y ahora dame eso...

«Eso» era la cartera.

Tone lo imaginaba, y por eso pasó por su mente la fugaz idea de defenderse. Pero no podía; estaba bien atrapado. Lo que le apuntaba a las costillas era una metralleta ligera, de modo que cualquier movimiento en falso podía hacer que su cuerpo se convirtiera en un colador.

El otro, con la mano izquierda, tomó la cartera.

Se retiró dos pasos. Apuntó mejor al centro del cuerpo del indefenso Richard Tone.

—Reza —dijo—. Esto es el fin.

Y lo fue.

Sólo que hubo un pequeño cambio en la situación de los personajes. Ya se sabe que la vida tiene cosas extrañas de vez en cuando... El que murió fue el corso, no fue Tone. Se oyó un taponazo y al instante el chasquido brutal de una cabeza que se abría en dos pedazos.

El joven sé volvió, asombrado.

De entre la niebla que bordeaba la carretera acababa de surgir la silueta de un hombre. Un desconocido alto, delgado, que empuñaba una automática provista de silenciador, con la cual le estaba apuntando al centro de la cabeza.

CAPÍTULO VIII

Richard Tone miró fugazmente al corso muerto. La bala había sido certera e implacable; le había entrado por la nuca, saliéndole por la frente.

Eso le hizo comprender al joven que el destino que él correría no sería muy distinto.

Había salido de un lío para meterse en otro.

El desconocido le perforaría la cabeza ahora. No tenía más que apretar el gatillo.

Pero, en lugar de eso, el hombre que acababa de salvarle la vida hizo algo muy distinto: lanzó una carcajada.

Su risa era fuerte, poderosa, era la de un hombre que está seguro de sí mismo.

—¿Asustado? —preguntó.

No, Tone no lo estaba. Solamente sorprendido, pero hasta tal punto que la sorpresa le impedía mover los pies del suelo.

El desconocido se acercó más.

—Creo que he llegado a tiempo —dijo.

—Muy a tiempo.

—Lo del coche no pude impedirlo; los malditos fueron más rápidos que yo.

Tone más asombrado cada vez, recuperó la cartera que sostenían las manos agarrotadas del muerto.

—¿Quién eres? —susurró.

—¿Y lo preguntas? Soy un compañero tuyo.

—¿Un compañero...?

—En efecto. Soy Esperey, de la sección especial del Deuxième Bureau.

En las facciones de Tone se dibujaron, por primera vez en muchas horas, unas líneas de satisfacción. En sus labios se formó una sonrisa.

—Bueno... Por primera vez desde que salí de París me encuentro con una noticia agradable.

—¿No imaginabas que alguien te protegería?

—La verdad es que hasta ahora me he tenido que proteger yo solo.

Esperey guardó la pistola.

—En realidad, es lo normal; yo no tenía ni por qué estar aquí. Mi misión empezaba en Burdeos.

—¿Tenías que esperarme allí?

—Esperarte y protegerte, hasta que tomaras la lancha rápida. Pero llevabas un retraso sensacional, un retraso inexplicable. Por eso me desplacé hasta el otro lado del río.

Dio una vuelta al cadáver con el pie y siguió explicando:

—Buscaba por todas partes, pero naturalmente no tenía por qué detenerme en Royan; no creí que estuvieras en esta pequeña población sin ningún interés.

—Estoy aquí por pura casualidad...

—Lo supongo. Pero a lo que iba... Cuando acababa de llegar a Royan oí el estruendo de los disparos y el estallido de aquel coche. Me di cuenta enseguida de que aquello tenía que estar relacionado contigo, y por eso me acerqué. Llegué a tiempo de verte huir y vi también que te seguía un tipo. Ese tipo...

Y señaló el cadáver.

Tone se iba sintiendo cada vez más tranquilo y más seguro de sí mismo.

Por cien mil buitres... ¡Al fin contaba con alguna ayuda!

—Han intentado matarme en otros lugares —dijo—. Por ejemplo, en la autopista del Oeste, al salir de París. Y en Angulema estuvieron también a punto de conseguirlo. Allí tuve que liquidar a un hombre.

Esperey hizo un gesto afirmativo.

—Es una fea misión —dijo—. Debes ser un tipo importante para habértela encargado a ti, siendo tan joven.

—Otras similares me salieron bien. Por eso los del Deuxième Bureau tienen confianza en mí.

—Y en mí —dijo Esperey—, aunque ya sabes que a los de la sección especial apenas nos conoce nadie.

Tone señaló el cadáver.

—No podemos permanecer más tiempo aquí.

—Cierto... ¿Qué misión te han confiado?

Tone señaló la cartera.

—Llevar esto a una ciudad suiza.

—¿Documentos?

—Algo así...

—Entonces dinero...

—Como si lo fuera.

Esperey lo tomó por un brazo y se lo llevó de allí. Parecía querer llevarle a algún sitio concreto, y Tone dedujo que ese sitio concreto era el estacionamiento de un coche.

Pronto lo distinguió.

Era un magnífico «ID-21», automático, con faros que giraban al mismo ritmo que las ruedas delanteras, no dejando ángulos muertos para la vista del conductor.

—No es como tu «Ferrari» —dijo Esperey—, pero te servirá para llegar a Burdeos.

—Claro que me servirá... Y he de hacerlo antes de que la policía taponen las carreteras.

—¿No llevas documentos del Deuxième Bureau?

—Sí, pero prefiero no tener que enseñarlos.

—Es muy razonable... Toma las llaves y que te acompañe la suerte.

—¿No vienes conmigo?

—No. Yo iré a Burdeos por otro procedimiento. Mal podría protegerte si nos atrapan juntos.

Tone comprendió que Esperey tenía razón.

Le estrechó las manos, le dio las gracias y se sentó al volante del «Citroen».

Las carreteras estaban lisas y despejadas. Se rodaba bien, a pesar de no haberse disipado la niebla.

Mientras pisaba a fondo el acelerador, Tone iba pensando en todas las cosas extrañas, incomprensibles, que iba dejando atrás.

Esos pensamientos se concentraban en un solo punto y en un solo recuerdo: la casa del bosque, la extraña casa de las tres brujas.

Porque a Arianne no sabía cómo llamarla. Porque Arianne era como una bruja también.

Lo más singular, lo más inquietante, era que ella parecía haber

tenido razón en una serie de cosas sin sentido.

Como por ejemplo que él, Richard Tone, había existido en una época anterior.

¿Habría tenido también razón en lo demás?

¿Era él un *enviado* del otro mundo?

¿Dominaba satánicamente a dos mujeres, una de las cuales había querido matarle para librarse de él?

¿Existen en los hombres cosas que no recordamos ni sabemos, pero que de repente salen del fondo de nuestra vida y surgen ante nuestros asombrados ojos?

La niebla y el ambiente fantasmal que lo rodeaba todo, incitaba a creer en eso.

Pero tan extraños pensamientos cada vez se borraban más del cerebro de Tone. Volvía a ser, poco a poco, el hombre frío, reflexivo, que siempre fue. Todo aquello había sido como un sueño estúpido que le convenía olvidar cuanto antes.

Atravesó el Gironde.

Ya estaba llegando a su destino. Veía las luces de Burdeos.

Desde allí tomaría una lancha rápida hasta Le Havre. Y Desde Le Havre llegaría a Zurich por vía aérea.

La parte más difícil y más peligrosa de su viaje estaba a punto de terminar.

Podía decirse que había triunfado.

Pero en ese momento las cosas incomprensibles empezaron a suceder de nuevo. Y empezaron justamente cuando aquella luz le deslumbró, cuando aquel foco fue orientado directamente hacia su cara.

Frenó bruscamente, y el coche dio un leve bandazo sobre el asfalto.

Oyó pisadas. Las portezuelas se abrieron. Dos revólveres, uno, por cada lado, se dirigieron hacia su cabeza.

Pero esta vez no eran salteadores, ni asesinos a sueldo contratados entre los inmigrantes corsos. Esta vez se trataba de auténticos gendarmes, que le habían detenido por el poco académico procedimiento de dejarlo ciego unos instantes.

Tone murmuró:

—¿Pero qué pasa? ¿Qué atropello es éste?

—Baja, amigo. Y cuidado con lo que haces.

—¿Qué ocurre? ¿De qué me acusan?

—De lo más cobarde y miserable que puede hacer un cerdo como tú: de ultrajar a una mujer...

CAPÍTULO IX

Tone parpadeó.

Otra vez aquella maldita sensación de brujería... ¿Pero qué era aquella estupidez? Cuando las cosas parecían centrarse, normalizarse, surgía de nuevo lo absurdo. ¿Ultrajar él a una mujer? ¿Pero cómo podían pensar una monstruosidad semejante?

—Es ridículo —murmuró.

—Muy bien... Claro que es ridículo. ¡Abajo!

El se apeó, sin soltar la cartera.

—Puedo responder de mí mismo —dijo—. Llevo documentos.

—Oh, claro...

—Véalos.

Mostró su credencial del Deuxième Bureau, pero eso no pareció impresionar demasiado al sargento de gendarmes que mandaba el grupo. Más bien pareció aumentar su irritación. Debían chincharle aquellos tipos que cobraban más y que encima se pasaban la vida en una oficina.

—Muy bien. Esa documentación la enseñarás en la prefectura.

—Es absurdo. Tengo una misión urgente que cumplir.

—Tendrás tiempo para todo. Hala, arreando.

Era evidente que no les convencería, de modo que Tone se resignó. Al menos eran policías auténticos, y al menos estaba ya en Burdeos, de modo que, una vez aclarado aquel miserable equívoco, todo quedaría resuelto.

El «ID» fue estacionado a un lado de la carretera. El pasó a un patrullero que, instantes después, se detenía ante la prefectura de la policía local.

A través de varios pasillos silenciosos, fue introducido en un despacho.

Allí relucía una luz muy concentrada, que se derramaba sobre bastantes cosas.

Por ejemplo, sobre las piernas esculturales de una mujer, ceñidas por unas medias medio rotas y llenas de carreras.

Por ejemplo, sobre su falda muy cortita.

Y sobre su rostro lloroso.

Y sobre el rostro congestionado del inspector que le miró cuando él atravesó la puerta.

—Señorita Danielle —murmuró.

Ella alzó la cabeza.

Entonces le vio Tone el rostro, y se dio cuenta de que era una mujer muy hermosa. No era ya una jovencita. Le calculó treinta años. Pero treinta años bien puestos constituyen la mejor edad para una mujer que sabe cuidar de sí misma.

Ésta lloraba silenciosamente.

Y de pronto sus ojos se desencajaron. De pronto le señaló como una frenética.

—¡Es él! ¡Claro que sí! ¡Estoy segura de que es él!

Los gendarmes que iban detrás de Tone le dieron un empujón y le obligaron a sentarse.

La puerta se cerró. Un ambiente hermético se hizo en el despacho instantáneamente.

—De modo que es él... —musitó el inspector.

—¡No diga tonterías! —se exaltó el joven—. ¡Soy un agente del Deuxième Bureau! ¡Aquí están mis credenciales!

—Los agentes del Deuxième Bureau también pueden cometer delitos, ¿no le parece?

—¡Nunca había visto a esta mujer!

—Por descontado que no... Pero si usted fuera más inteligente emplearía otra actitud. Diría, por ejemplo, que ella consintió, lo que tal vez pudiera eximirle de pena.

—¡No me hagan perder tiempo con esa estupidez!

—No es una estupidez, sino un delito que lleva aparejada una pena de veinte años de reclusión... Por supuesto, hay que probarlo, y eso es lo que trataremos de hacer. Pero de nada le va a servir decir que no conoce a esta señorita, porque ella nos ha dado muchos datos de usted. Su edad, su aspecto, su coche... Y por si fuera poco nos ha dicho que ella logró herirle en un brazo cuando huía. Veámoslo.

Tone palideció.

—Es cierto. Estoy herido.

—¿Con esta pistola?

El inspector extrajo una «*Parabellum*» del 9 del cajón de su mesa. Tone se encogió de hombros.

—No sé si fue con ésa. Sólo puedo decirle que me hirieron cuando iba en mi coche, un «Ferrari».

El inspector no prestó demasiada atención a aquellas palabras. Se limitó a sopesar la pistola.

—La señorita tiene licencia —dijo—. Trabaja para un Banco, y por eso necesita a veces ir armada, puesto que transporta fondos. Fondos muy interesantes... como los que usted lleva en esa cartera que le robó.

Richard Tone se mordió el labio inferior.

Empezaba a atar muchos cabos. ¡Infiernos, claro que los ataba!

La «señorita» debía ser la que contrató a los buitres que habían estado intentando matarle desde que él salió de París.

Sabía que estaba herido.

Seguro que la bala procedía de aquella misma pistola, para que los análisis fueran positivos y no se pudiera demostrar que ella mentía.

Seguro también que le había visto subir al «ID-21», sin tener medios para evitarlo.

Y, por fin, había inventado aquella comedia al objeto de que le detuvieran y así poder apoderarse de su cartera, con el pretexto de que se le había robado.

Tone la contempló con admiración.

No sólo era hermosa, no sólo tenía piernas, sino que aquella mujer tenía también cerebro. Pero se había equivocado en un detalle importante, y él se lo dijo:

—Hay un detalle en el que has demostrado ignorancia, muñeca.

—¿Qué detalle?

—Hasta ahora has demostrado mucha inteligencia, y sobre todo mucha tenacidad, para hacerte con esta cartera. Pero no creas que te la van a dar tan tranquilamente, y menos conteniendo un documento al portador por valor de cinco millones de francos suizos. Ese documento quedará a disposición judicial hasta que se demuestre quién es su verdadero dueño, de modo que tú misma has estropeado las cosas. Ahora lo tienes más lejos de tus manos que

nunca. Estás mucho peor que antes.

Ella lanzó un gemido.

Con las facciones anegadas en llanto, Tone pensó que era una de las mejores actrices que había visto en su vida, bisbiseó:

—¿Pero de qué habla? Yo no reclamo esa cartera, aunque es mía. De eso se encargará el Banco. Sólo pido que..., que...

El inspector la tranquilizó con un gesto.

—Cálmese, Danielle... Si ese tipo es culpable, lo pagará. La ley francesa no es precisamente benévola en esos casos. —Luego miró con expresión hosca al joven—. ¿Contra quién es el documento al portador?

—Contra la firma Holzen & Frères, banqueros de Zurich.

El inspector sonrió.

—Entonces, todo lo que ha dicho la señorita concuerda.

—¿Cómo...?

—Ella trabaja en Holzen & Frères.

—¡Los documentos tienen que ser falsos!

—Quizá lo sea también su credencial del Deuxième Bureau, amigo mío. Pero vamos a suponer que sea auténtica y que usted, realmente, pertenezca al Servicio de Espionaje y Contraespionaje de nuestro país. En ese caso entenderá de documentos. ¿Quiere estudiar éstos?

Y le tendió despectivamente un par de ellos a través de la mesa. Eran un pasaporte con la foto de la mujer que tenía junto a él, y que se llamaba Danielle Evian, vecina de Zurich. Y un carnet del sindicato de banqueros de Ginebra, acreditando que la misma mujer trabajaba para la firma Holzen & Frères y respondiendo de su personalidad. Ambos documentos llevaban una foto perfectamente sellada.

El joven palideció.

—Son auténticos...

—Si usted mismo lo reconoce...

Y los retiró prestamente, guardándolos en el cajón central de su mesa.

Tone se mordió el labio inferior.

—Puedo demostrar mi identidad.

—Ya lo ha hecho.

—¡Pero todo esto es absurdo! ¡Estoy cumpliendo una misión!

¡No pueden retenerme aquí!

El inspector le miró con frialdad perfectamente burocrática.

—¿Niega su delito o se reconoce culpable? —preguntó, como si eso fuera lo único que le interesase.

—¡Lo niego!

—Muy bien, entonces realizaremos los exámenes médicos pertinentes. Llévanselo.

Una mano arrancó la cartera que aún seguía sosteniendo el joven, y la arrojó sobre la mesa del inspector.

Tone trató de recuperarla, pero en ese momento un par de culatazos se abatieron sobre su cabeza.

Los gendarmes le trataban con asco, cosa que se comprendía muy bien si pensaban que realmente había cometido el delito de que estaba acusado. Tone se tambaleó, a punto de caer, pero al fin se rehízo.

Debía tener serenidad... Mucha serenidad...

Lo importante era que no le encerrasen, porque si lo hacían estaba todo perdido.

Necesitaba huir de allí. Huir como fuese, aun dejando el documento en poder del inspector.

Si él estaba libre, ya habría modo de recuperarlo.

Pero antes intentó quemar su último cartucho «legal».

—¿Puedo telefonear? —preguntó.

—Ni hablar de eso. Estás rigurosamente incomunicado hasta que decida el juez.

—Quiero hablar con el Deuxième Bureau.

—Lo harás mañana por la mañana.

La clásica rivalidad entre los organismos de la policía, que en vez de colaborar pretenden demostrar la superioridad de unos sobre otros, se ponía de manifiesto en aquella frase. Tone dio por descontado que nada conseguiría hasta que hablara con el juez, y aun así todo dependía de lo duro de mollera que fuese éste. De modo que, quemado su último cartucho legal, decidió emplear los ilegales.

Dos gendarmes iban tras él, pero no llevaban las armas desenfundadas.

Le conducían a través de un largo pasillo solitario hasta una puerta que se veía al fondo, y que debía dar a la escalera de los

sótanos y de las celdas.

Bruscamente salió disparado.

Ninguno de los dos que iban detrás suyo podía imaginar aquello, y por eso fueron sorprendidos tan rotundamente.

Lanzaron una maldición.

Los revólveres salieron a la luz, vomitando plomo.

Pero ya el cuerpo de Richard Tone volaba materialmente por los aires, dirigiéndose hacia una de las grandes ventanas que daban al patio. Chocó con la estructura y la hizo añicos. Su cuerpo atravesó los cristales.

Las balas le siguieron, pero ninguna de ellas consiguió ni siquiera rozarle.

El joven cayó, desde una altura de unos dos metros, sobre unas duras losas de piedra. El dolor fue terrible y tuvo la sensación de que se había roto varios huesos. Pero ahora no podía perder ni un segundo dedicándolo a su propio pellejo, de modo que volvió a saltar y se dirigió como un gamo hacia la puerta.

En ella había también de guardia un gendarme. Se volvió bruscamente y desenfundó su arma.

Pero nunca se había encontrado con un enemigo tan escurridizo como aquél. Cuando disparó, Tone ya no estaba en el mismo sitio. Las balas produjeron un lúgubre chasquido al rebotar contra las losas de piedra.

De pronto, uno de los puños de Tone voló.

Sólo podía mover un brazo, pero fue suficiente.

La mandíbula del gendarme pareció partirse en dos. Lanzó un grito y cayó de costado, en un K.O., fulminante.

Tone se encontró en la calle.

Por fortuna para él no había ningún patrullero allí cerca, de modo que echó a correr. La espesa niebla volvía a convertirse en su aliada. Oyó gritos y disparos detrás suyo.

Las balas rozaban las paredes, rasgaban la oscuridad.

En una plaza cercana había un gran estacionamiento de coches, y al llegar a ellos se sintió salvado. No le encontrarían allí. Entre las docenas y docenas de vehículos, podía estar una semana entera jugando al escondite.

Los gendarmes también debieron comprenderlo así, porque empezaron a maldecir.

—¡Hay que rodear esto!

—¡Lo que hay que hacer es pedir refuerzos!

—¡Mientras llegan se nos escabullirá!

Tenían razón, porque Tone se estaba escabullendo ya. Salía ágilmente por el otro lado.

Llegó al río.

Un puente mal iluminado se extendía ante sus ojos. Lo pasó corriendo, a toda la velocidad que le permitieron sus piernas. Una vez al otro lado, se sintió más seguro.

En la penumbra, entre la niebla, se insinuaba la luz de una cabina telefónica.

Entró en ella, pese a que aquella iluminación significaba un peligro para su seguridad, e introdujo unas monedas en la ranura. Marcó enseguida un número que le habían dado en París, antes de salir.

Tardaron en responder. Los timbrazos parecían extenderse hasta el infinito.

Los nervios de Tone vibraban.

Por fin una voz somnolienta le respondió. Era una voz de mujer. Tone no sabía que una mujer iba a encargarse del control.

—Diga...

—Soy Tone. Richard Tone.

—¿Qué cigarrillos usa?

Era la clave.

—Suelo preferir el «Camel».

—Muy bien, Tone, ahora me he convencido de que es usted. ¿Pero por qué llama a esta hora? ¿Qué le ha sucedido?

—He tenido contratiempos. Unos cuantos contratiempos de los gordos, créame. No han hecho más que intentar matarme desde que he salido de París.

—¿Cómo se encuentra?

—El modo cómo me encuentro no tiene importancia. Lo esencial es que el documento al portador he tenido que dejarlo en la prefectura de Burdeos. Me han acusado de no sé cuántos delitos. Soy algo así como Jack el Destripador.

La voz de la mujer sonó ronca al otro lado del hilo.

—¿Dice que ha perdido ese documento, Tone?

—Sólo provisionalmente.

—Si está en la prefectura, habrá que pedir que nos lo devuelvan.

—¿Pero por qué medio? Mi misión no es una misión legal. Estoy trabajando para el Gobierno, pero al margen de todas las normas establecidas. Los de la prefectura pueden perfectamente negarnos ese documento, o en todo caso esperar la decisión del juez, para que nadie les pueda acusar de negligencia. Y el juez no decidirá hasta bien entrada la mañana; hasta las once o las doce, por lo menos.

—Entonces, ¿qué sugiere hacer?

—Imaginemos que vuelvo a la prefectura y me apodero de ese documento por las buenas —dijo Tone—. ¿Con qué protección puedo contar?

—¿Quiere decir que si le sería posible salir de Burdeos inmediatamente?

—Sí, eso es justamente lo que quiero decir.

—Lo lamento, pero no habrá modo. La lancha rápida no podía estar indefinidamente aquí. De modo que se ha retirado y no volverá hasta mañana por la noche.

Tone lanzó un suspiro de desaliento.

—Casi veinticuatro horas...

—Exacto. Ya hemos advertido telegráficamente a Zurich que la operación se retrasará, pero que sigue siendo segura.

Tone apretó con fuerza el auricular.

Y dijo con voz desmayada:

—Está bien, gracias.

Colgó y salió de la cabina, alejándose enseguida de la zona de luz, hasta que lo volvió a tragar la niebla.

Tenía que estar casi veinticuatro horas expuesto a que lo detuvieran. Veinticuatro horas durante las cuales todo podía fracasar.

Miró su reloj.

Era solamente medianoche. Lo que más temía era las horas que quedaban hasta la llegada del amanecer.

Dio un rodeo y volvió a la prefectura, atravesando el río por otro puente.

Los gendarmes no le buscarían tan cerca de allí. Seguramente estarían dando una batida por la periferia de la ciudad y deteniendo a los sospechosos habituales, con la esperanza de encontrar un soplón. Pero por aquel lado Tone no tenía que temer, porque nadie

le conocía.

Se apostó en una de las esquinas, buscando cómo entrar. Lo que tenía que hacer ahora era lo más arriesgado de toda su condenada aventura. Entrar en aquel edificio bien guardado, apoderarse del documento, que ni siquiera sabía dónde estaba ya, y volver a salir. Todo un programa.

Pero no había más remedio, y por eso Tone buscaba el procedimiento para entrar.

Un instante después sus planes habían variado. Se produjo un acontecimiento que no esperaba, y que fue la salida de aquella mujer.

Danielle había atravesado la puerta.

No huía, sino que salía tranquilamente. Un gendarme la acompañaba.

Los dos se dirigieron a un coche, un «Renault 16» color marrón que estaba aparcado en las cercanías. La mujer abrió la portezuela y subió, tras una enervante exhibición de piernas.

Tone apretó los labios.

Hubiera apostado mil contra uno a que Danielle ya llevaba el documento que tantas inquietudes le había ocasionado a él. No le habría sido tan difícil robarlo, aprovechando que ella ya estaba en el edificio y la confusión que se habría organizado a causa de su fuga. Seguro que ahora la hermosa mujer no tenía más que una obsesión: evaporarse.

Tone se despegó de la fachada cubierta por las sombras.

El espejo retrovisor de los automóviles, cubre más bien la parte izquierda, que es por donde se producen los adelantamientos. Por lo tanto, él corrió tras el «Renault» por la derecha. Cuando Danielle cambiaba de primera a segunda para ganar velocidad, saltó.

Lo hizo con la agilidad y el silencio de un felino.

Sus pies se posaron en el parachoques posterior, mientras su cuerpo se aplastaba hacia delante, del «Renault 16». Además de agilidad y fuerza necesitó una pericia especial para apoyarse sólo en el borde de la carrocería, de modo que su cuerpo no quedara dibujado en el cristal posterior. Danielle notó el choque, pero estaba distraída y creyó haber entrado en un bache. Miró hacia atrás y no vio nada. Puso tercera y aceleró.

Tone se sujetaba febrilmente, a punto de caer.

Si aquello duraba demasiado, no podría resistirlo.

A plena luz su maniobra hubiera sido imposible, pero en las calles solitarias y cubiertas por la niebla, nadie notaba nada. Por otra parte, Danielle tenía preferencia por los rincones más oscuros, como si quisiera que perdiesen su pista, por si alguien la perseguía.

Se detuvieron en una casa de las afueras donde había unas cuantas luces encendidas. Sobre la puerta, en letras luminosas y pequeñas, se leía: «Petit Hotel».

Todo era pequeño allí, menos las piernas majestuosas de Danielle.

Tone la vio bajar, llevando un gran bolso de mano. Dejó el coche ante la puerta, sin preocuparse más por él. El joven se agazapó al otro lado del vehículo.

Cuando ella hubo desaparecido, saltó hasta la acera y miró desde el borde de la puerta.

No había nadie en la conserjería. La vio descolgar la llave número 15 y seguir su camino.

Tone no perdió un minuto.

Entró muy poco después, antes de que el conserje volviese. Las escaleras alfombradas ahogaron el ruido de sus pasos.

La habitación número 15 estaba en el primer piso, que constaba justamente de cinco habitaciones. Gruesas alfombras rojas ahogaban también el ruido de las pisadas. El hotel tenía aspecto de ser muy discreto, demasiado discreto. El joven se acercó, a la puerta que correspondía a la habitación de Danielle.

Oyó un leve rumor de voces.

Pegando su oído a la hoja de madera, pudo saber de qué se trataba.

Hablaba un hombre.

—¿Lo has conseguido?

Y respondía Danielle:

—Sí. Y no creas que ha sido fácil.

—¿Cómo has podido hacerlo?

—Me dije que no conseguiría detener nunca a ese hombre si no contaba con la ayuda de la policía. Afortunadamente, para una mujer, es sencillo conseguir eso. Me bastó con decir que él me había puesto, muy brutalmente por cierto, las manos encima.

Se oyó la risita lenta del hombre.

—¿Y te creyeron?

—No hicieron ningún examen médico, por supuesto. Yo ya calculaba que a esa hora les sería difícil, y además yo me hice la tonta. Me había producido algunos desgarrones en los vestidos y carreras en las medias. Con eso fue suficiente para que me creyeran. Dentro de unas horas tengo que ir a examen médico, pero naturalmente no compareceré.

Se oyó el taconeo de la mujer, que caminaba lentamente por la habitación.

—He dado la dirección de este hotel como mi residencia en Burdeos —prosiguió—. Mañana por la mañana, cuando les extrañe mi incomparecencia, vendrán a buscarme. Pero no hace falta decir que estaremos bien lejos de aquí.

El hombre volvió a reír quedamente.

—¿Cómo diste las señas de ese tipo?

—Su aspecto personal ya lo conocía de sobra, de modo que eso no fue difícil. En cuanto al coche, vi que alguien le prestaba un «ID-21». Debía ser un colaborador suyo que tenía por misión ayudarle en Burdeos. Dar entonces las señas de ese coche tampoco resultó complicado.

—¿Y llevaba encima el documento cuando le detuvieron?

—Claro que lo llevaba encima. Y no tuvo más remedio que entregarlo, porque dije que me lo había robado. Mi tarjeta de identidad como empleada en una Banca suiza hizo que me creyeran al principio. Luego a él se lo llevaron para tenerlo detenido provisionalmente. Sin embargo, es un tipo decidido. Cuando vio que iban a enchironarle, huyó todavía no sé cómo. El tumulto que se organizó me ayudó de una forma inesperada, porque lo que temía fuera difícil se transformó en algo muy fácil. Pude apoderarme del documento, que estaba en el cajón del inspector de guardia. Segura que no se darán cuenta hasta dentro de cuatro o cinco horas, pero por si acaso, hemos de apresurarnos a salir cuando antes. Aquí lo tienes. Cinco millones de francos suizos.

Se oyó un suspiro tranquilo, satisfecho. El suspiro de un hombre que ha visto al fin realizados sus sueños.

—Cinco millones de francos suizos... —musitó... Una auténtica fortuna, por la que ha valido la pena gastar lo que hemos gastado, movilizando a unos cuantos granujas que trataran de acabar con

Richard Tone desde que salió de París. Lo que hemos gastado con toda esa gentuza no es ni el equivalente de cincuenta mil francos suizos. Ahora sólo tenemos que atravesar la frontera. E ingresar este documento para que abonen su importe en nuestra cuenta numerada...

Richard Tone lo había oído todo, desde la primera a la última palabra.

Sus facciones habían palidecido levemente. Sus labios estaban contraídos en una mueca.

Lo entendía todo muy bien.

Cuando a él le encargaron aquel trabajo, se produjeron filtraciones. Una filtración al menos, para que la noticia llegara a oídos de aquellos granujas internacionales, habituados a traficar con moneda extranjera. Y las consecuencias de todo eso estaban bien claras, al menos para Tone, que había estado continuamente en peligro de muerte desde que se sentó al volante de su «Ferrari».

Pero ahora la comedia había terminado.

Recuperaría el documento que le confiaron en París, y se ocultaría con él hasta la noche siguiente, hasta que la lancha rápida viniera a recogerle.

Fue a entrar, pero vaciló en el último momento.

No llevaba armas, mientras que lo normal era que Danielle y su amiguito estuvieran bien protegidos. Al fin se encogió de hombros.

De una forma u otra, tenía que actuar.

En aquel momento oyó un susurro.

—Eso tendríamos que celebrarlo, Danielle.

—Como tú quieras, cariño.

—Yo sólo tengo un modo de celebrar contigo las cosas, preciosidad.

—Ahora sería arriesgarse, cariño.

—¿Por qué?

—Tú lo sabes tan bien como yo. No podemos perder un minuto.

—Al menos dame un beso, Danielle, antes de preparar el equipaje.

—Siempre se empieza con un beso —musitó ella quedamente.

Pero debió acceder, porque tras la puerta de la habitación se produjo un silencio.

Tone hizo girar velozmente el picaporte.

Un segundo después había entrado. Y apenas otro segundo más tarde ya volaba por la habitación, al encuentro de los dos bultos humanos que se besaban en una butaca.

A Danielle ya la conocía bien. En cuanto al tipo, debía tener unos cuarenta años y era fuerte y musculoso. Lanzó una especie de gruñido al ver allí a aquel intruso a quien suponía al otro lado de la ciudad.

Trató de llevar la derecha a la funda axilar, pero la tenía tan lejos, y tan ocupada, que no llegó a tiempo. El puño de Tone entró en contacto con su mandíbula.

Lo hizo, mejor aún que cuando atizó al gendarme. Fue un golpe en frío, uno de esos impactos que le dejan a uno flotando en un *ring*. Y aunque el fulano estaba en un sitio muy distinto, los efectos fueron los mismos.

Sintió que flotaba. Que la habitación se ponía a dar vueltas en torno suyo.

Un segundo impacto terminó de hundirle en el más absoluto K.O. Mientras tanto, Danielle aún no había tenido tiempo de reaccionar.

Estaba en el suelo.

Ella, desde allí, estaba ya abriendo el cajón de una mesilla, donde reposaba un revólver.

Se lanzó sobre ella.

Los dos rodaron por el suelo, dando varias vueltas.

El revólver cayó al suelo.

Danielle gemía entrecortadamente, pero tenía tanto interés como él en no llamar la atención de nadie y en no despertar a los otros clientes del hotel.

Al darse cuenta de que estaba siendo dominada, intentó usar sus recursos femeninos.

Era una mujer como para olvidarse uno hasta del propio apellido, pero el joven no se dejó convencer, por lo menos en aquel momento. El tipo al que había dejado K.O., ya se iba recuperando. En cuanto a ella, seguía teniendo demasiado cerca el revólver.

El buitре de la butaca empezó a gatear.

Sus ojos estaban sanguinolentos.

Tone soltó a la mujer para llegar hasta su enemigo. Éste se disponía a lanzarse sobre él, aunque estaba bien claro que le

fallaban las fuerzas.

Tone dejó caer sus dos manos enlazadas sobre la nuca.

Era Un golpe mortal que había ensayado muchas veces. Sus resultados contundentes no tardaron en ponerse de manifiesto. El hombre lanzó un leve gemido, sus labios desprendieron una leve espuma sanguinolenta y cayó de bruces a tierra.

Estaba muerto.

Tone no tenía que preocuparse más de él. Pero tenía, en cambio, que preocuparse de Danielle.

Se volvió hacia la mujer.

Ella, rodilla en tierra, había sujetado ya el revólver. Apuntaba con él a la cabeza de Tone.

—Adiós, cariño —dijo brevemente—. Lo siento por los dos.

Y fue a apretar el gatillo.

Pero en aquel momento, entre sus dos ojos fascinantes, se marcó un tercero. Un ojo espantoso, un ojo color de sangre.

CAPÍTULO X

Todo el cuerpo de la muchacha sufrió una sacudida.

Tone lo vio arrugarse, perder la tensión, desinflarse. Le pareció como si el cuerpo restallante de la muchacha, al doblarse sobre sí misma, se redujera a la mitad. Cayó hacia atrás poco a poco, mientras soltaba el revólver.

No se había oído ningún disparo.

Tone alzó la cabeza hacia la puerta, sin haber salido aún de su asombro. Vio que ésta acababa de abrirse. Y vio también que en el umbral se recortaba una figura conocida.

Era Esperey.

Esperey acababa de disparar tapando la pistola con una almohada, que sin duda había sacado de otra habitación. Y como la pistola, además, iba provista de silenciador, eso explicaba el que no se hubiese oído el menor estruendo.

Tone se puso en pie.

Esperey guardó la pistola, tras desenroscar el silenciador, y luego chascó dos dedos.

—Listos —dijo.

—¿Por qué lo has hecho?

—Ella iba a liquidarte, ¿no?

—Le pudiste haber tirado al brazo derecho.

Esperey rió silenciosamente.

—A los del grupo especial no nos enseñan tantas delicadezas —dijo—. Un enemigo es un enemigo, aunque esté dentro de la piel de una mujer bonita. Cuando disparamos, lo hacemos a matar.

Tone no respondió.

Conocía bien a aquella especie de «torpedos» que forman la fuerza de choque del espionaje en todos los países poderosos del mundo. Hombres contratados por el Gobierno. Hombres a los que el Estado no tiene en sus presupuestos, sino que paga con cargo a

fondos secretos, parte de los cuales se hallan afincados en países de probada neutralidad, como por ejemplo Suiza.

Tone bisbiseó:

—Tal como se está poniendo el mundo, los hombres como tú son cada vez más necesarios.

—Pues tú no has sido manco. Has liquidado a ese tipo, ¿eh?

—De un golpe en la nuca.

—Buen impacto. Yo no lo hubiera hecho mejor.

Tone se sujetó la herida, que le dolía de nuevo. Pero no quiso acordarse de aquello.

—Creí que ni siquiera estarías en Burdeos —musitó—. ¿Cómo has dado con nosotros?

—Por el coche.

—¿El «Renault 16»?

—Exacto. Los individuos que trataron de matarte en Royan iban en mi coche de esa marca y ese color. Luego, cuando yo regresé a Burdeos, lo vi estacionado ante la prefectura. Me extrañó, y por eso procuré no perderlo de vista.

—No cabe duda de que eres un agente eficaz. Esperey.

—Procuró fijarme en los detalles.

—¿Me viste escapar?

—No, de eso no pude darme cuenta. Todo fue tan rápido... Observé, eso sí, a varios gendarmes que corrían. Pero me despreocupé de eso, porque lo que me interesaba era vigilar el «Renault».

—Comprendo.

—Poco más tarde distinguí a esa mujer —y señaló el cadáver de Danielle— subiendo al coche. En ese momento yo no disponía de ningún automóvil, sino de una simple motocicleta que acababa de alquilar, pese a lo avanzado de la hora. De modo que lo seguí, procurando no ser notado.

—¿No viste que yo saltaba sobre la carrocería?

—No —reconoció Esperey—. La niebla lo cubría todo; tanto es así que al poco rato yo ya había perdido la pista del «Renault». Sabía solamente a qué zona de la ciudad había ido, y por eso he estado dando vueltas por todas estas calles, con los ojos bien abiertos. Ella cometió el error de estacionar el coche al lado mismo del hotel. Si llega a dejarlo solo a veinte metros de distancia, yo me

confundo de edificio y no llego a tiempo.

—Y Danielle estaría viva y yo muerto —murmuró Tone.

—Así es.

—No puedo decir que me alegre. Siempre que muere una mujer bonita, me da por lamentarlo.

Esperey hizo una mueca.

—Las chicas bonitas sirven para muchas cosas, pero también sirven para morir. La vida es así. ¿Qué podemos hacerle?

Y dio por liquidado el asunto. Ni siquiera dirigió ya una mirada más a los dos muertos.

Tone susurró.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Eso depende de ti.

—¿En qué sentido?

—¿Tienes camino libre?

Tone negó.

—No puedo salir de Burdeos hasta mañana por la noche —declaró—, a menos que los planes sean cambiados.

—Ya es demasiado tarde para cambiarlos.

—Una lancha rápida debía llevarme a Le Havre, y desde allí tomaría un avión para Zurich.

Esperey arqueó una ceja.

—¿Por qué tantas precauciones?

—Llevo un documento al portador que vale cinco millones de francos suizos.

Las facciones de Esperey permanecieron tan impasibles como si le hubieran hablado de una moneda de diez centavos de las que ya no circulan.

—Ese documento, ¿para qué sirve? —preguntó.

—Para que el Gobierno haga un pago en secreto.

—Lo imagino, pero ¿a quién?

Tone no tuvo ningún inconveniente en explicarlo. Al fin y al cabo, Esperey pertenecía al mismo servicio que él.

—Tú sabes que Francia posee una fuerza nuclear ya muy poderosa —dijo—. Perteneció al llamado Club Atómico. Ese poderío nuclear recibe el nombre de «force de frappe», o más bien fuerza de disuasión. Francia se asegura así de que ningún enemigo, y en especial sus viejos rivales, los alemanes, se atreverá a atacarla.

—Eso es de dominio público. ¿Y qué?

—Un espía logró apoderarse de importantes secretos relacionados con la «force de frappe». Emplazamientos, fórmulas empleadas, situación de los laboratorios y núcleos industriales, etcétera. En fin, eran cosas que ya no se podían sustituir ni variar, y que daban al traste con una costosísima organización que había durado años y años. El espía sabía eso.

—Sigue.

—Por ello, su primer paso fue intentar vender al Gobierno francés su propia información. La clásica jugada de: «Si lo queréis, ahí va; sólo os costará un poco de dinero; si no lo queréis, lo vendo a otro».

Los ojos de Esperey chispearon un instante.

—Demonio... Y pidió cinco millones de francos suizos.

—Pidió siete millones, pero hubo el correspondiente chalaneo, como si se tratara de la venta de un semental en una feria. Lo que ocurre siempre. Al final se resignó a cobrar cinco.

—Bonita «resignación»... ¿Y en cuanto a la forma de pago?

—La más cómoda para el espía. La más segura.

—A través de la Banca suiza, ¿no?

—Exacto. El Gobierno tiene, como todos los de Europa, una cuenta numerada en un establecimiento bancario de Zurich o de Ginebra. La cuenta numerada, tú lo sabes bien, es aquélla en que no figura el nombre del titular, sino un simple número y a veces una clave. Los suizos son maestros en eso. Así el titular de una cuenta puede ser el Gobierno de Arabia Saudita, sin que ni los mismos banqueros lo sepan. Y el titular del número siguiente puede ser el ministro de la Arabia Saudita que roba a su Gobierno y envía también los fondos a Zurich. El espía de que te hablo abrió una cuenta numerada de esa clase.

—Comprendo —dijo Esperey.

—El Gobierno francés tiene otra u otras. Y el espía pidió que un mensajero llevara una orden de crédito al portador para que desde la cuenta numerada del Gobierno francés se hiciera una transferencia de cinco millones de francos suizos a la de ese tipo. Date cuenta de que ahí no se ha escrito ningún nombre. Nosotros no sabemos quién es el espía, y tampoco lo sabrán los banqueros que hacen la transferencia. Ni siquiera saben esos banqueros que están

pagando por orden de París.

—O sea que tú solo tienes que presentarte en Zurich y entregar en el Banco ese documento, ¿no?

—Exacto. Sin decir quién soy ni de dónde vengo. El documento lleva la clave en virtud de la cual los fondos son transferidos de una cuenta a otra.

—¿Y por qué no han empleado un procedimiento menos complicado para el envío? —preguntó Esperey.

—¿Qué procedimiento?

—Por ejemplo, el correo.

—No acabo de entenderte.

—Pues es muy sencillo. Tú envías el documento en una carta a Lista de Correos de Zurich, o tal vez mejor al consulado francés, en cuyo caso puedes enviarla incluso certificada. Una vez allí la recoges y ya está. El único trabajo que has tenido es desplazarte de París a Zurich *con las manos vacías*. Un par de horas de vuelo y se acabó. ¿A qué, en cambio, todo este aparato?

Tone sonrió con amargura.

—¿Has olvidado que el documento es al portador, ya que ése es el procedimiento normal en las cuentas numeradas, y además el espía lo exigió?

—Un documento al portador siempre significa un riesgo, si se pierde, pero...

—El riesgo es demasiado grande, amigo —dijo Tone—. Tanto que no podíamos correrlo. ¿Dónde estaba el espía que ha descubierto los secretos de la «force de frappe»? ¿Quién era? ¿No podía ser un funcionario del Deuxième Bureau que conociera el procedimiento de envío e interceptara el sobre? Eso es más sencillo de lo que parece. Y también puede contarse con un retraso de la correspondencia. Es normal, ¿no? Si tenemos en cuenta que el espía nos había dado un plazo máximo de cuarenta y ocho horas, ese retraso podía enviarlo todo al diablo. No, amigo, lo normal era que lo llevara un agente responsable, el cual tomaría toda clase de precauciones para no ser seguido. Lo malo ha sido que, pese a todas esas precauciones, han dado con mi pista. Y aquí está el resultado...

Miró en torno suyo, fijando los ojos especialmente en el cadáver de Danielle.

—¿Sabes quién era? —musitó.

—Creo recordarla. Su verdadero nombre es Danielle, en efecto. Ha hecho «trabajos» de esta clase en otras ocasiones. Su jefe era el fulano que tienes ahí, con la boca tiesa. También era su amiguito, claro. Se dedicaban al tráfico de moneda por todo lo grande, y tenían contactos secretos en el Deuxième Bureau, contactos que supongo que Danielle estableció más con sus piernas que con su cerebro. En fin... Asunto liquidado.

Chascó dos dedos.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó.

—He de esperar.

—Puedes pasar algunas horas en este hotel, si quieres. Nadie ha oído el menor ruido, y me parece que éste es un sitio muy, pero que muy discreto.

Tone rió sin ganas.

—No me gusta la compañía de las mujeres bonitas cuando están muertas. Me largaré.

—¿A dónde?

—No lo sé aún.

Esperey se encogió de hombros.

—Entonces buena suerte —dijo.

Había apoyado una de sus manos en la jamba de la puerta.

Torcía un dedo en la jamba de la puerta. Torcía el índice hacia atrás, como si lo tuviera descoyuntado.

—¿Te rompiste el dedo? —preguntó Tone.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—El índice de la derecha. Parece como si lo tuvieras descoyuntado.

Esperey rió.

—Es cosa de familia —dijo—. Parece que se hereda. Pero no, no tengo el dedo descoyuntado. En fin, es posible que no volvamos a vemos. Te sigo deseando buena suerte.

—Tú me la has dado hasta ahora, Esperey. ¿Por dónde vas a salir?

—Por la puerta. Al conserje le ha debido salir una aventurilla. Apuesto doble contra sencillo a que no está en su sitio.

Y salió.

Tone aguardó unos minutos todavía.

Pero no le gustaba estar allí. Los dos cadáveres, sobre todo el de

Danielle, le producían el efecto de una pesadilla.

Miró por la ventana.

Ésta daba a un callejón lateral, y como estaba en un primer piso no ofrecía demasiado peligro el salto. De modo que Richard Tone apoyó los pies en el alféizar y se lanzó.

No hizo ningún ruido.

Al salir a la calle principal vio estacionado el «Renault 16», aquel coche que su dueña ya no volvería a emplear nunca. Pasó junto a él y siguió caminando, perdiéndose en la niebla.

Ésta, en lugar de disiparse, era más espesa cada vez.

¿A dónde ir ahora? ¿Dónde ocultarse hasta la noche siguiente?

Por fin tuvo una idea.

Apretó los labios y se dirigió hacia el coche, volviendo sobre sus pasos.

CAPÍTULO XI

El «Renault 16» zumbaba bien. Tenía mucha más estabilidad que el «Dauphine», coche que Tone no se hubiera atrevido a llevar a buena velocidad, con la pista húmeda.

Llevárselo de delante del hotel no había sido difícil.

Sabía hacer un «puente», de modo que no le preocuparon las llaves de contacto. En cuanto a las puertas, Danielle las había dejado abiertas.

Las luces de Burdeos quedaban atrás.

La policía no había establecido puestos de control en las carreteras, pues debía creer que el fugitivo aún estaba dentro de la ciudad. Por otra parte, ya es sabido que los gendarmes, y en general todas las policías del mundo, tardan más en reaccionar durante las horas de la noche.

Tone había dejado también atrás el ancho brazo del río Gironde. Y rodaba en dirección a Royan, donde había tenido lugar la masacre de los pistoleros corsos.

Miró, a su lado, la cartera con el documento. Todo volvía a comenzar, al fin y al cabo. No había nada perdido. Aunque con un cierto retraso, llegaría a su destino.

Ahora ya sabía en qué lugar iba a poder ocultarse durante algunas horas hasta que oscureciera de nuevo.

Recordaba una túnica negra, parecida a la de una bruja. Y recordaba unas piernas divinas, parecidas a las 4e *una vedette*.

No entró en Royan, naturalmente.

Unos veinte kilómetros antes se desvió por una carretera de tercer orden, a la derecha, porque resultaría peligroso atravesar la pequeña población, donde podían reconocerle. Vio de bajada, a la izquierda, a bastante distancia, más allá de los bosques, las luces de Royan. Luego volvió a tomar otro desvío y salió a la carretera

general que lleva a Poitiers y Angulema unos treinta kilómetros más abajo.

Hubo de volver atrás.

Conocía la intrincada red de carreteras de aquella región como si llevara un mapa grabado en su cabeza. Y supo reconocer el lugar exacto del bosque por el que había penetrado unas horas antes.

Estacionó el coche allí.

El silencio era total, pero de repente todo pareció cambiar. Sopló un vientecillo que hizo mover las hojas de los árboles y empezó a despejar la niebla. Algunas gotas de la pasada lluvia, desprendidas de las hojas, cayeron sobre el rostro de Tone, contribuyendo a despabilarle.

No sentía ya fiebre, pero notaba el cansancio.

Una vez convencido de que el coche no se veía desde la carretera avanzó a través de los árboles centenarios. No tardó en divisar la pequeña luz de la casa, y entonces se detuvo.

¿Por qué le acometía aquella sensación inexplicable?

¿Por qué le parecía como si el tiempo no hubiera transcurrido, como si aún, en estos años de la era atómica, sólo con atravesar aquel bosque hubiera vuelto a la época de los mosqueteros de Gascuña?

Y en cierto modo era verdad que el tiempo no había transcurrido. Durante tres siglos, muy pocos hombres y muy pocas mujeres habrían pasado por allí. El ruido de sus pisadas sonaba quedamente en la hojarasca eterna. Por fin llegó a la casa.

Después de la tormenta, la calma era obsesionante.

Uno tenía la oscura sensación de que hubiera podido oírse hasta la respiración de los insectos.

Tiró de una cuerda, y las viejas campanillas que ya conocía sonaron en el interior. Al cabo de unos instantes oyó unos pasos que se aproximaban.

La puerta se abrió un poco, y en el hueco apareció el rostro de Arianne.

La muchacha ya no vestía su túnica negra, sino una bata blanca y semitransparente. Debajo llevaba muy poca cosa. Richard Tone pensó que valía la pena haber pasado por todo, haber podido volver allí, haberla visto de nuevo.

Ya se sabe que los hombres pensamos siempre esa clase de

tonterías cuando estamos delante de una mujer bonita.

Que todo ha valido la pena. Que cualquier sacrificio es bueno con tal de conservarla.

Y así nos van las cosas.

Musitó:

—Vas muy moderna, para ser una bruja.

—Creí que no volverías.

—¿Te molesta que entre?

—No. ¿Por qué iba a molestarme? Además, tú podrías entrar por donde quisieras. Podrías incluso atravesar las paredes.

Tone rió.

De pronto todo aquello le parecía una broma estúpida. No quería pensar, por supuesto, que la muchacha fuera una pobre loca.

—¿Ya volvemos con las brujerías y con los enviados del infierno? —susurró.

—Yo no he dicho nada.

Tone pasó.

Y hubo de reconocer que en la casa se respiraba el mismo aire irreal, el mismo aire de que uno se cree rodeado cuando vive una pesadilla.

Sólo al entrar allí, ya se tenía la increíble sensación de no ser el mismo, de haber sido trasladado a otra época.

Arianne musitó:

—¿Cómo te sientes?

—La herida ya apenas me duele.

—Pero debes tener fiebre...

—Seguramente.

—¿Qué has hecho desde que saliste de aquí?

—¿Hacer? ¡He hecho tantas cosas! Hasta me parece increíble que sólo hayan transcurrido unas pocas horas. Tengo la sensación de que han pasado siglos desde que me fui. De que el tiempo no existe.

—Es que el tiempo no existe —dijo suavemente ella.

—¿A qué viene eso?

—Nada... No lo digo por nada especial. Se trata de algo que he pensado muchas veces —musitó Arianne.

Tone dio unos pasos por la habitación, mientras miraba a la muchacha.

Había de reconocer que ella tenía razón en cierto modo. Que junto a una chica así podía llegar a olvidarse el paso del tiempo.

—Fui a Royan —explicó—. Allí había un anticuario, como tú me dijiste.

—¿Hablaste con él?

—Sí.

Richard Tone estaba confuso. No sabía cómo explicar aquel hecho, que a él mismo le parecía cada vez más incomprensible.

—El cuadro era auténtico —reconoció al fin—. No tenía valor artístico, pero era de la época que tú indicaste. Y el hombre reproducido en él era yo..., ¡era yo, estoy seguro!

—No sé cómo has podido dudarlo ni un momento.

—Pero... es ridículo. ¡Jamás estuve en esta casa!

—Tú no lo recuerdas...

—Tampoco viví hace tres siglos. No llego a tener treinta años...

—Sigues sin recordar —musitó ella—. Y es lógico que así sea.

Tone sentía deseos de gritar, de llevarse las manos a la cabeza.

Casi lamentaba haber vuelto a aquella casa, donde a pesar de la belleza de Arianne imperaba un clima de brujería.

Arianne pareció adivinar sus pensamientos.

—¿Por qué has vuelto? —musitó.

—Pues..., quizá tenía deseos de verte.

—O tal vez te ha empujado tú instinto. No en vano viviste aquí muchos años.

—¿Vas a seguir diciendo tonterías, Arianne?

—No te preocupes, no hablaré más de eso.

—¿Qué ha sido de las dos mujeres que vinieron aquí, durante la tormenta?

—Desaparecieron.

—¿Por dónde?

—No lo sé.

—Si tuviese una botella me atizaría una borrachera descomunal —fue todo lo que se le ocurrió decir al joven, después de aquellas palabras.

—Puedo proporcionártela si quieres. Ésta es la región donde se cría el mejor vino de Francia.

Abrió un viejo armario de roble y extrajo una polvorienta botella que, por su forma, debía tener quizá cincuenta años. En un

restaurante de París hubiera costado seguramente una pequeña fortuna. Le quitó el polvo y se la tendió al joven.

Para eso tuvo que acercarse a él.

Tuvo que detenerse a un paso con sus labios apretados, con sus curvas poderosas, con sus almendrados ojos.

—Si esto sirve para hacerte olvidar lo que no te gusta, ahí la tienes —murmuró ella—. Descórchala. Tiene cerca de sesenta años.

—A mí me gustan las cosas de menos de sesenta años —musitó él.

—¿Por ejemplo?...

—Por ejemplo tú...

Tendió la mano y la sujetó por un hombro. No se dio cuenta, pero quizá lo hizo con excesiva fuerza. Lo cierto fue que la fina gasa se desgarró. La carne sonrosada y prieta de Arianne apareció ante sus ojos.

¿Existía el tiempo o no existía? ¿Eran verdad todas las cosas increíbles que le habían sucedido en las últimas horas?

Tone no pensó ya más en eso.

Sólo una cosa era verdad. Era verdad la belleza de Arianne. Era verdad su juventud. Era verdad la dulzura de sus labios.

Ella no se resistió.

Parecía estática, rendida, como si pensara que hay cosas contra las que no se puede luchar.

Pero sabía besar, la muy inocente.

Fue ella la que se soltó. Fue ella la que le apartó levemente.

La botella estaba en el suelo.

No se había roto por verdadero milagro.

—Más vale que te acuestes —murmuró ella—. Necesitarás descansar.

—Cada vez lo pones más difícil.

—¿Por qué?

—¿Quieres que ahora te deje?

—Es lo mejor para los dos.

—Quizá tengas razón, pero me parece que no voy a dormir en dos meses.

—¿Por qué?

—Recordándote.

Ella rió. Tenía una risa cantarina y breve, que no rimaba con el

ambiente hostil de la casa.

—Los hombres olvidáis pronto —murmuró—. Supongo que no querrás volver a la habitación de antes.

—No. La verdad es que me resultó bastante antipática.

—No te preocupes; la casa es grande. Hay otras.

—¿La tuya, por ejemplo?

Ella rió maliciosamente.

—La mía está prohibida para los vivos y para los muertos.

—Si me dejaras, te demostraría que no estoy muerto.

—Ya sé... Lo que quieres demostrarme es que eres un vivo.

Los dos rieron. Aquella atmósfera de pesadilla, de irrealidad que flotaba en la casa, parecía haberse disuelto por momentos, como se había disipado la niebla. A Tone le pareció que nada de lo ocurrido anteriormente era verdad; que estaba solo en presencia de una muchacha alegre, bonita, endiabladamente joven, endiabladamente tentadora.

Pero ella hizo un signo negativo.

—Te acompañaré a otro sitio —dijo—. Hay una habitación dispuesta en esta planta baja.

Y le precedió a lo largo de un pasillo que se abría a la derecha.

Tone tomó la cartera conteniendo los documentos —una cartera que ya tantas inquietudes le había ocasionado— y la siguió. Al encenderse la luz vio una habitación tan antigua como la primera que había ocupado, pero mucho más lujosa. La cama incluso tenía dosel. Cualquiera hubiese dicho que era una habitación para la noche de bodas de un príncipe.

Ella también pareció adivinar sus pensamientos esta vez. Y se escabulló.

—Buenas noches. Sólo te quedan unas pocas horas si quieres descansar.

—Arianne...

—¿Qué pasa ahora?

—Tu actitud ha cambiado.

—¿En qué sentido?

—Antes eras una mujer misteriosa. Ahora eres una chica joven, llena de vida, como las demás.

—Es que realmente soy una chica joven.

—Pero antes tu actitud era misteriosa distinta...

—Tú sí que eres misterioso... Pero más vale que olvidemos todo eso. Si lo pensara tendría incluso un poco de miedo...

Y desapareció.

Tenía la gracia, la agilidad de movimientos de una gacela.

Tone estuvo a punto de seguirla, pero de pronto todo aquello le pareció ridículo. Cerró la puerta, mientras una sensación de angustia le dominaba de pronto. Se dio cuenta de que, estando Arianne allí, todo era luminoso, claro y sencillo. En cuanto ella desaparecía, la atmósfera siniestra e irreal volvía a apoderarse de la casa.

Se tendió en la cama, poniendo, como antes, la cartera debajo de su cuerpo.

Con las manos cruzadas bajo la nuca, pensó en todo lo que había sucedido en las últimas horas. Le pareció mentira que volviera a estar allí, junto a Arianne. ¡Le parecieron mentira tantas cosas!...

Poco a poco sus ojos se cerraron.

Estaba muy cansado, no podía negarlo.

La tensión insoportable de las últimas horas pesaba ahora sobre sus músculos y parecía flotar en su sangre.

Una languidez invencible le invadió. Tuvo la sensación de que la bombilla de la habitación flotaba en el aire, como si se moviera.

Pero nada de eso parecía tener importancia para él.

El sueño le vencía, le dominaba...

Pronto su respiración regular, tranquila, indicó que estaba dormido.

Entonces la luz de la habitación se apagó, como ya había ocurrido la otra vez. Pero Tone no se dio cuenta.

CAPÍTULO XII

La trampilla chirrió levemente al alzarse.

Richard Tone se había fijado muy superficialmente en el suelo de tablas de la habitación. No se había dado cuenta, al entrar, de que había en él una trampilla que debía dar a los sótanos de la casa.

Ésta se había alzado.

Una figura negra, en la que brillaban sólo dos ojos fosforescentes, surgió por el hueco.

Se movía en silencio, con la pesadez de un oso, pero también con la discreción de un gato.

Tone no se daba cuenta.

Su sueño era profundo, espeso, y su mente estaba en blanco, aunque en su fondo siguiera brillando como una lejana lucecita de alerta.

La figura negra emergió por completo.

Tone la hubiera reconocido, porque la había visto antes, la primera vez que estuvo en la casa. Era una de las dos mujeres que llegaron hasta allí entonando cánticos.

Pero ahora hacía algo muy distinto. Ahora se acercaba a la cama con un largo cuchillo en su derecha.

Parecía ver en la oscuridad.

Y, en efecto, así era, porque los leves resquicios de luz lunar que ahora penetraban por la ventana le bastaban para distinguir confusamente la silueta del hombre dormido.

Si Tone hubiera podido ver su rostro, habría sentido algo inexplicable.

No precisamente miedo, porque era para un sentimiento extinguido. Pero sí le hubiera parecido vivir algo irreal, increíble. Le hubiera parecido encontrarse ante una de esas brujas que se ven en los viejos cuadros de la escuela holandesa, como rostros descarnados surgiendo entre nubes de sombras.

Así era la mujer que estaba ahora frente a él.

Como una de esas brujas irreales, fantásticas, que aparecen en las ilustraciones de otro tiempo.

La mujer alzó el cuchillo.

Ahora estaba segura de no fallar.

Y bruscamente descargó su golpe.

El hecho de que Tone estuviera dormido, no indicaba que no hubiera tomado alguna precaución. En aquella casa ya habían intentado matarle una vez, de modo que era muy posible repitieran el golpe.

Por eso había hecho una cosa muy sencilla: de las tres grandes almohadas que existían en la cama había colocado una sobre su cuerpo bajo las ropas que lo cubrían.

Aunque iba completamente vestido, se había tapado por dos razones: para que no se viera la almohada y para no quedarse completamente helado con aquella quietud, porque la noche era fría, y el amanecer iba a serlo mucho más.

El cuchillo se hundió en la almohada. La punta solamente llegó a producir un leve arañazo en su cuerpo.

Tone no dio ningún salto, no hizo ningún movimiento brusco.

Al despertar había recobrado la lucidez y un completo dominio de sí mismo. Comprendió que si hacía un movimiento en falso podían ensartarle esta vez. Solamente empujó las ropas hacia arriba, intentando envolver con ellas a su enemigo o enemiga.

No lo consiguió.

Con una agilidad inesperada, el bulto negro acababa de dar un salto hacia atrás.

Tone se encontró sentado en la cama, envuelto en una oscuridad a la que aún no había podido acostumbrarse y por tanto sin ver nada.

Pero la persona que había intentado matarle estaba aún allí. Oía su respiración entrecortada, acechante.

El joven resbaló hasta el suelo.

Allí era más difícil que le alcanzaran. Al propio tiempo sus ojos se iban habituando a la oscuridad y, por tanto, ya veían algo de lo que estaba delante suyo.

Le pareció que el bulto negro desaparecía en el suelo, y entonces lo comprendió. Había una trampilla en la habitación. Por allí

habían entrado para matarle...

La misma sensación de pesadilla que le había dominado antes le dominaba ahora.

Ya no se acordaba de la belleza, de la juventud de Arianne.

Todo en la casa era sórdido como un panteón. Todo respiraba brujería y muerte.

Se lanzó hacia la trampilla, pero ésta acababa de cerrarse. Sus manos solamente rozaron las tablas.

No resultaba difícil abrirla, sin embargo, y así lo hizo. Un aire húmedo y espeso le envolvió. La oscuridad era casi impenetrable.

Oía pasos delante suyo, como si alguien descendiera unos peldaños de madera y luego huyese a través de un largo pasadizo de tierra apisonada.

El olor que llegaba hasta Tone era húmedo y al propio tiempo vegetal. No resultaba desagradable. Tanteó las paredes y entonces descubrió el interruptor eléctrico.

Una serie de lucecitas muy débiles, remetidas en jaulas de alambre, se encendieron delante suyo.

Entonces se dio cuenta de la clase de lugar en que estaba. No podía ser más vulgar. Se trataba de un criadero —subterráneo, naturalmente— de hongos de la clase *champignon*, que crecían ya junto a las paredes de la galería, mientras en el centro se extendía un pasillo de tierra apisonada.

Alguien había huido por allí, pero no pudo distinguir sus contornos.

Corrió en la misma dirección, siempre llevando la cartera bajo el brazo derecho. No se separaba ni un momento de ella, porque sabía que en aquellos cinco millones de francos suizos estaba la clave de todo. Pronto se encontró ante unos peldaños de madera que llevaban al exterior.

En el cielo relucían las estrellas. La salida daba a un recinto cuadrangular cuyo techo estaba destrozado en parte, y que seguramente, muchos años atrás, fue una antigua cuadra. Todo parecía limpio y solitario. Tone salió y aspiró el aire quieto en torno suyo.

Luego miró hacia el suelo, que estaba reblandecido a causa de las anteriores lluvias. Las huellas de unos zapatos femeninos y pequeños se marcaban perfectamente allí, y eran visibles incluso a

la débil luz de la luna. No se trataba de unos zapatos de tacón alto, más o menos elegantes, sino de Unas piezas vulgares, de tacón cuadrado y bajo. El joven siguió la dirección que llevaban hasta darse cuenta de que se perdían en una de las entradas laterales de la casa.

El también penetró por allí.

Vio que la luz estaba encendida.

Y esa luz se proyectaba sobre la figura quieta de Arianne, sobre sus piernas de diosa, sobre sus labios rojos, sobre sus finas manos que empuñaban un cuchillo de hoja ancha.

CAPÍTULO XIII

Richard Tone no se inmutó.

La verdad era que nunca hubiera creído que aquel ingrato descubrimiento iba a dejarle tan tranquilo. Tampoco se le ocurrió hacer nada, vengarse de Arianne, que había intentado matarle. Sólo cerró la puerta a su espalda y sonrió con cansancio.

—No estás demasiado bonita con ese cuchillo —murmuró—. No te favorece.

—¿Qué estás pensando?

—Supongo que lo mismo que piensas tú. Y lo que pensaría cualquiera en este caso.

—El cuchillo lo he encontrado aquí. Alguien lo ha lanzado al entrar por esa puerta.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿Tratas de decirme que no has visto a nadie?

—Acabo de llegar. Y simplemente puedo decirte que el cuchillo estaba ahí, en el suelo.

—¿Tú dónde te encontrabas?

—Dormía en mi habitación hasta que me ha despertado el ruido de alguien que corría por este lado de la casa.

Tone miró sus zapatos.

La chica, pese a haberse levantado de la cama, los usaba de alto tacón. Y éstos no aparecían manchados de barro. O se había cambiado, o no era ella la que momentos antes corría por el terreno fangoso.

Tone se acercó poco a poco.

Tenía motivos más que sobrados para creer que ella trataba de matarle. Que detrás de sus palabras, de sus gestos, existía en realidad un sórdido plan. Pero le era imposible sentir rencor hacia ella.

¿Quizá porque era tan bonita? ¿Tal vez porque no olvidaría nunca el modo como la besó?

—Vas a ayudarme, Arianne —dijo suavemente.

—¿A qué?

—Hay que buscar a la otra mujer. Supongo que se trata de una de las dos brujas que antes vinieron a la *casa*.

—Seguramente.

—¿Quiénes son?

—Tú debes saberlo mejor que yo.

—¡Basta de tonterías y de fantasmas! ¡No vivimos en el siglo diecisiete, sino en el siglo Veinte! ¡Ni yo estoy poseído por el diablo ni lo están esas mujeres que llegaron aquí como dos brujas de otro tiempo! ¡Si han tratado de matarme es por otra razón mucho más concreta, mucho más sólida y material! ¡Porque lo que hay en esta cartera vale cinco millones de francos suizos! ¡Y ahora vas a enseñarme hasta el último rincón de la casa!

Ella empujó, lo hizo brutalmente sin darse cuenta.

Ella cayó sobre una de las sillas.

Sus hermosas piernas, su cintura cimbreante...

Tone cerró los ojos y lanzó una maldición en voz baja.

—Esta casa tendrá otras habitaciones, aparte de las que he visto —murmuró—. Es posible que incluso tenga una habitación secreta, como muchos viejos edificios. Enséñamelo todo.

Ella hizo un gesto de resignación y miró su propio cuerpo, como si pensara:

«Te estoy enseñando ya demasiadas cosas».

Pero no dijo una palabra, ni Tone adivinó aquel complicado pensamiento.

Ella le condujo a través de las habitaciones de la casa, gran parte de las cuales estaban vacías. En el silencio de la noche, sólo se oía su taconeo seductor, y sólo se captaba el balanceo de sus caderas. Tone llegó a olvidarse de por qué demonios estaban allí, de qué era lo que andaban buscando.

Al final del pasillo había una última habitación. Y en esa habitación tres grandes armarios de sólida madera, donde hubiera cabido el vestuario de una reina.

Los dos se detuvieron en el umbral.

Estaban juntos, y el perfume de la piel de la muchacha

embriagaba los sentidos del hombre.

Era como un hechizo invencible, que le dominaba poco a poco.

Pero pronto todo aquello desapareció. Desapareció el hechizo de Arianne para ser sustituido por una realidad mucho más sórdida. Porque por debajo de uno de los armarios resbalaba, ante sus ojos, un espeso hilo de sangre.

El joven apartó a Arianne.

Avanzó hacia aquel armario y vio que no estaba apoyado en la pared, sino que entre el mueble y ésta quedaba un hueco. Allí había ido a refugiarse, no sabía por qué, un bulto humano, un bulto que ahora estaba espantosamente inmóvil y del que se desprendía aquel hilo de sangre.

Tone introdujo el brazo por el hueco y tiró hacia sí.

No le gustó entrar en contacto con aquella cosa fofa, blanda, que ya se iba quedando fría.

Cuando el cadáver cayó a sus pies hizo una mueca y cerró un momento los ojos.

Era una de las brujas, no cabía duda. La llamó mentalmente bruja por hacerlo de algún modo. No era vieja, pues sólo debía contar unos cuarenta años, pero tenía ese aspecto de las campesinas que las hace parecer siempre mayores de lo que son. Vestía enteramente de negro, con una túnica que parecía de otra época, y que le daba precisamente aquel aspecto de bruja. Su cara tampoco era agradable. Había en ella algo de loca, de primitiva e incluso de perversa. La muerte no había dulcificado sus rasgos, sino que, al contrario, los había hecho más sólidos y abyectos.

Luego el joven levantó los ojos. Miró a Arianne.

La muchacha temblaba en el umbral, y no era tan sólo a causa de su escasa ropa.

—¿Quién era? —musitó Tone.

—No..., no la conozco.

—Más vale que no mientas, Arianne.

—Te digo que no la conozco...

—Tonterías; la conoces perfectamente. Esa mujer ha intentado matarme dos veces, y las dos veces ha fallado. No está aquí por casualidad; tú le abriste antes la puerta, lo mismo que a su compañera.

Arianne hundió la cabeza.

De repente pareció como si todo aquello se le hubiera hecho insoportable, como si hasta el aire de la casa se le hiciera irresistible.

La tensión a que estaba sometida se plasmó en el estremecimiento que recorrió su cuerpo.

—¿Quién era? —insistió Tone.

—Luisa Belliot.

—¿Vivía cerca?

—Sí. Era una campesina de los contornos.

—¿Y su compañera?

—También. Se veían de vez en cuando. En la comarca tenían... fama de brujas. Echaban las cartas, curaban algunas enfermedades y hacía invocaciones al diablo. En la comarca había personas que no podían ni verlas..., aunque otras creían en ellas ciegamente.

—¿Y tú? ¿De qué tienes fama tú, Arianne?

Ella no contestó.

—¿De bruja también?

—Esas mujeres... confiaban en mí.

—No te pregunto si tú la has matado, Arianne.

—No, no lo he hecho yo.

—Dame el cuchillo.

Ella se lo tendió. Richard examinó la hoja, la olió y luego miró la herida que el cadáver tenía en la espalda. La conclusión no era difícil: la muerte no había sido causada con el arma que ahora tenía él en la mano.

Sé la devolvió a Arianne.

—¿Quién...? —musitó.

—Ha tenido que ser su compañera.

—¿Y por qué...?

—Por favor, no..., no me preguntes.

—Necesito saberlo, Arianne.

—Sigues vivo, ¿verdad? Y tienes en tu poder tu maldita cartera. Pues no quieras saber más.

—Te lo ruego, Arianne.

—Te he suplicado ya... que no me preguntases.

—Pero alguien ha matado a esta mujer. Y la persona que lo ha hecho sigue libre.

—Luisa Belliot tenía que morir de todos modos.

—¿Por qué? ¿Qué dices?

—Estaba loca. Últimamente intentó suicidarse.

—¿Y su compañera?

—¡Las dos! ¡Las dos estaban locas! —gimió Arianne—. ¡Eran como dos brujas auténticas! ¡Es muy posible que en este momento la otra haya muerto también!

—¿Que intente repetir su golpe, ¿no?

—¿Matarte? —jadeó Arianne.

—No sería nada de extraño, puesto que ya lo han intentado dos veces.

La muchacha no contestó.

Sus facciones se habían vuelto grises, de un extraño color ceniza.

—Supongo que no hay teléfono en esta casa —murmuró Tone.

—No, no lo hay.

—Iré a Royan o donde sea. Desde allí llamaré a la policía.

Pero Tone sabía que no podía llamarla. El era un fugitivo, después de todo. Y si a algo no podía exponerse era a los interrogatorios, a las dilaciones, a los mil trámites que impone la burocracia y que le harían perder su última oportunidad.

Sólo quería probar a la muchacha, para saber si ella decía la verdad. Pero Arianne no se movió. Dejó que él pasara por su lado, permitiéndole llamar a la policía si ése era su deseo.

Tone cerró la puerta. Los dos quedaron solos en el pasillo.

La oscuridad les envolvió. El perfume de la piel femenina llenaba aquel pedazo de sombra.

—Te acompañaré —musitó Arianne.

—¿A llamar a la policía?

—Sí.

—Muy bien. Entonces... vamos.

Pero Richard no se movió.

Sabía que no podía llamar. Sabía también que no podría moverse de allí mientras Arianne estuviera tan cerca.

De pronto su mano derecha subió por el brazo mórbido, suave, de la muchacha.

Ya no se acordaba ni de que estaba herido.

Esta vez ella no se resistió.

No rehuyó el beso. No fue ella la primera en separarse, como en la ocasión anterior. No se separó de él.

Richard Tone sintió que esto sí que era una brujería. Una brujería que le tendría hechizado para siempre.

CAPÍTULO XIV

El sol ya estaba bastante alto sobre el horizonte. Docenas y docenas de pajarillos, llegando en bandada, se habían posado en el tejado de la casa.

Tone abrió los ojos.

Después de lo sucedido no recordaba haber dormido nunca tan pesada y dulcemente como en las últimas horas.

Poco a poco sus sentidos y sus pensamientos empezaron a funcionar de nuevo.

Estaba en una cama que no era como las anteriores. Muy cerca, a su alcance, se hallaba la cartera. La abrió con un leve movimiento de sus dedos, para comprobar que el documento seguía dentro.

Todo en orden.

—¿Todo?

No, había muchas cosas que estaban desordenadas hasta el máximo. La mujer muerta, unas habitaciones más allá. Su propia situación en la casa. Y Arianne... ¿Dónde estaba Arianne?

La muchacha apareció entonces en el umbral. Ya se había vestido, pero no precisamente con la túnica de bruja. Llevaba una falda muy cortita, que dejaba al descubierto algo más que sus redondas rodillas. Los mismos zapatos de alto tacón de la noche anterior daban esbeltez a sus piernas. Se había puesto además un jersey grueso, que no disimulaba sus formas de mujer, sino todo lo contrario.

También se había lavado y estaba bien peinada. Sus ojos chispearon irónicos al mirar al hombre.

—¿Aún estamos así?

El casi no podía creerlo.

Le parecía maravilloso lo sucedido, después de tantas y tantas pesadillas acumuladas en pocas horas.

—¿Tienes miedo al agua fría? —preguntó Arianne.

—No, nunca lo he tenido.

—Pues hay una ducha a la salida de la casa. Puedes arreglarte si quieres.

—¿Qué hora es?

—Las nueve.

—Diablos... He dormido como una marmota.

—Hemos dormido los dos.

—Arianne...

Ella le miraba fijamente.

—¿Qué, Richard?

—No sé lo que debes pensar de mí.

—¿Y tú? ¿Qué piensas de mí?

—Pues..., pues sólo cosas agradables.

—¿Ya no me consideras una bruja?

—En todo caso eres una bruja de otra clase.

Se puso en pie y miró la cartera.

¿Iba a llevársela a la ducha? Se encogió de hombros y decidió que no. Daría una prueba de confianza a la muchacha, que por su lado tantas le había dado ya. Salió de la casa, bajo un cielo nuboso y un frío que llegaba a los huesos, y se metió bajo la ducha. El agua estaba helada, pero le tonificó. Por otra parte, Tone estaba acostumbrado a darse un remojón de aquella clase todas las mañanas.

Cuando regresó, se sentía completamente despabilado. La rozadura de la bala ya estaba muy cicatrizada y no le había importado mojarla. De todos modos cuando estuvo vestido, ella le cambió el vendaje.

—¿Cómo te sientes ahora, Tone?

—Mejor que nunca.

Ella dejó los utensilios de curación sobre una mesa contigua, fue hacia la puerta y se detuvo allí.

Se apoyó en una de las jambas, alzando por la madera su mano derecha.

Tone se la miró.

Y hubo en sus ojos como el brillo fugaz de una lucecita, como un leve chisporroteo que, sin embargo, apenas llegó a notarse.

—Arianne... —susurró.

—¿Qué?

—Esta casa no es tuya, ¿verdad?

—No.

—Déjame hacer una suposición... Déjame pensar que hasta ahora ha estado abandonada, sin más utilidad que la de cultivar champiñones en sus húmedos sótanos. Pero que alguien la está restaurando poco a poco y convirtiéndola en una posada típica. ¿Es así?

Ella no afirmó ni negó.

Pero se notaba por la expresión de sus ojos que Tone había acertado en sus pensamientos.

—Déjame imaginar que tú tenías la llave, Arianne —musitó a continuación, sin dejar de mirarla—. Quizá, en realidad, trabajas incluso aquí. Quizá estás decorando algo.

La muchacha siguió sin decir una palabra, pero sus ojos chispearon.

Tone se ajustó la corbata en silencio, antes de continuar:

—Ese viejo retrato que me enseñaste anoche, estaba encargado y realizado a toda prisa sobre una fotografía mía. En una tela antigua, claro. Y por un artista muy hábil. Pero cualquier experto en arte hubiera notado la superchería en cuestión de minutos, y sin embargo el hombre a quien me enviaste en Royan no lo notó. ¿Por qué? ¿Cuánto le habíais pagado?

Ella despegó los labios por primera vez para decir una cifra:

—Dos mil francos —murmuró—. Dos mil francos si tú ibas allí con el cuadro y él te afirmaba que era auténtico.

—Y todo eso, ¿*por* qué?

Ella no contestó tampoco.

Parecía haber llegado al punto crítico, ese punto del cual no podía pasar.

Tone adivinó que no diría una palabra más. Pero los ojos de la muchacha estaban borrosos, como desdibujados. Su respiración antes quieta se había hecho agitada y anhelante.

El joven chascó dos dedos.

—No voy a preguntarte nada más, Arianne.

Arianne tembló.

—¿Pero qué piensas... hacer?

—Marcharme de aquí. Tengo una misión que cumplir.

Tomó la cartera, comprobó que su contenido seguía intacto y

salió.

No volvió la vista atrás ni una sola vez.

Pero en la calma de la mañana, entre los trinos de los pájaros, le pareció oír un sollozo de la muchacha.

El «Renault 16» estaba en el mismo lugar donde él lo dejó. El frío de la noche le había afectado, de modo que tardó un poco en arrancar. Cuando lo tuvo en marcha, el joven dejó que se entonase y luego rodó a poca velocidad entre los árboles, hacia la salida del bosque.

Una vez estuvo en la carretera general, aceleró y circuló a noventa. Sabía que estaba corriendo un peligro, porque la policía vigilaría la comarca, sobre todo después de haberse cometido tan inexplicables crímenes en ésta. El mismo coche que llevaba era toda una acusación, porque era el que había usado Danielle, la muerta en el Petit Hotel, y sin duda la policía lo tenía fichado.

Hizo un rápido cálculo de posibilidades y luego tomó una decisión. Sería inútil apearse en la carretera y tomar uno de los autobuses de línea, porque la policía los tendría vigilados. Igualmente los trenes normales de pasajeros. El mejor recurso sería acercarse a la vía férrea, dejar el «Renault» allí y tratar de encaramarse en marcha a un tren de mercancías, donde pudiera ocultarse.

Acababa de tomar esa decisión cuando vio una hilera de media docena de coches detenidos a un lado de la carretera, uno detrás de otro. Se apreciaban entre ellos los uniformes de un par de motoristas patrulleros.

Tone palideció.

Era un control. Ahora todo se iba al diablo.

Pero un instante después se dio cuenta de que la atención general se concentraba no en los coches, sino en un punto cercano al puente, en la margen derecha del río Gironde, donde la gente se había concentrado y donde abundaban los uniformes de los gendarmes.

Estaban sacando algo del río.

¿Qué?

A Tone no le preocupaba demasiado eso, pero comprendió que allí tenía una buena oportunidad para cambiar de coche y decidió aprovecharla. Dejó el suyo con las llaves puestas y avanzó por la

hilera. Pronto vio un viejo «Peugeot 404» que también tenía las llaves puestas en el contacto. Decidió que ése sería para él y avanzó hacia el grupo humano que se veía junto al río.

Los gendarmes sacaban un bulto. Un cadáver.

Tone se estremeció.

¿Dónde había visto un cuerpo parecido? ¿Era muy difícil recordarlo? ¿Y dónde había visto antes a aquella mujer?

Tenía que ser la compañera de la bruja apuñalada. Esta era la segunda, la asesina.

Un gendarme murmuró:

—Apártense, por favor; apártense todos o tendremos que desalojar esto.

Alguien, que debía ser periodista de uno de los muchos diarios locales que hay en Francia, preguntó:

—¿Qué es esto? ¿Un crimen de brujas?

—¿Por qué lo dice?

—Conozco a esta mujer. Tenía fama de dedicarse a la hechicería.

El gendarme que la cubría con una manta se encogió de hombros.

—No era una hechicera, sino una loca. Había otra como ella... Sí, las dos se hacían la competencia y se odiaban, aunque a veces eran muy amigas y se las veía juntas. Debieron haberlas encerrado hace tiempo en un manicomio. En fin, esto tenía que suceder.

—¿Crees que se ha quitado la vida ella misma?

—¡Cualquiera lo sabe! Seguramente lo verán en la autopsia, pero de una loca como ella puede esperarse cualquier cosa. Que mate, que se suicide... Aunque también pudo resbalar hacia el agua. La noche pasada fue de infiernos...

Un inspector vestido con una gabardina clara llegó en aquel momento.

—¡Vamos, despejen! ¡Esto no es un espectáculo! ¡Sargento, toda esa gente debía estar fuera ya!

Un sargento de gendarmes se dirigió al grupo de automovilistas.

—Circulen... Vuelvan a sus coches... Circulen...

Tone se dio cuenta de que tenía que aprovechar el momento, y se dirigió al «404». Había cerca de él un sendero que llegaba hasta el río, perdiéndose entre cañaverales, y llegaba a una carretera secundaria. En punto muerto, para hacer el menor ruido posible,

descendió por él.

Naturalmente no se preocupó de la cara que pondrían todos aquellos mirones cuando vieran que faltaba un coche y sobraba otro. Sobre todo de la cara que pondrían los gendarmes.

Una hora después había abandonado el «Peugeot» en el centro de Burdeos y se dirigía a pie hacia los muelles. La situación no iba a ser fácil para él, porque tendría que aguardar hasta la noche.

Tomó un par de bocadillos en un bar y luego pasó horas y horas oculto en un almacén de aparejos, donde sólo entraron un par de personas hasta que las sombras volvieron a caer sobre la ciudad.

Mientras tanto, su cerebro no descansaba.

Veía ya las cosas con cierta claridad y sabía lo que iba a encontrar en Zurich.

La lancha rápida llevaba un nombre muy vistoso en sus costados, pintado en letras azules sobre fondo blanco: «Club Maritime Normandie». Normandía estaba lo bastante lejos para que la gente del Gironde no supiera si ese club existía o no, pero para mayor precaución la lancha rápida había llegado de noche. Se situó en el punto ya determinado de antemano, y Tone, que estaba preparado, saltó a cubierta. El capitán pertenecía al Deuxième Bureau, pero el resto de la tripulación, reclutado entre la Marina de guerra, no sabía quién era el pasajero a quien llevaban. Inmediatamente salieron del puerto y pusieron rumbo Norte, hacia la península de Bretaña.

El mar estaba excepcionalmente quieto en la zona, que suele ser tempestuosa y acaba poniendo el estómago en las orejas a todos los que no están acostumbrados a navegar. La lancha rápida contribuía además a ello, con la velocidad diabólica que llevaba. Pero para Richard Tone el balanceo de proa no tenía la menor importancia; durante sus entrenamientos había pasado horas en una cápsula especial que o te mataba o te quitaba el mareo para siempre.

El capitán le sirvió una taza de café bien cargado.

—¿Qué le pasó ayer? ¿Por qué no se presentó?

—Tuve dificultades muy serias. Todavía estoy herido.

—Creímos que todo se iba al diablo. Menos mal que obtuvimos un aplazamiento.

—El espía se mostró comprensivo, ¿eh?

—Sí, pero en la conferencia que sostuvo con los enlaces del

Gobierno, cometió un error. Estaba nervioso y por primera vez habló con su verdadero acento. Eso permitió identificarle.

—¿Quién es?

—Un americano llamado Basset. Nuestros hombres han recibido orden de cazarlo en Zurich.

—¿Cree que irá personalmente?

—Ha de cobrar cinco millones de francos suizos, ¿no?

—No ha de cobrar nada. No tiene necesidad de ir a Zurich en un año, si le parece. Los francos serán transferidos a su cuenta numerada, que nadie, ni el propio Banco, sabe a quién pertenece.

—Pero es de suponer que quiera cerciorarse de que se ha efectuado el pago. Los documentos vendidos también deben ser entregados en Zurich, en una Caja Postal. Puede hacerlo por medio de un agente que ni siquiera le conozca, pero tenemos la corazonada de que se va a dejar caer por Suiza él personalmente. Sobre todo teniendo en cuenta que cree que no lo hemos identificado aún.

Tone asintió.

—Espero que caiga. En todo caso es cuenta de ustedes.

—El Deuxième Bureau ha movilizado a seis agentes entre lo mejorcito que tiene. Tiradores de primera especial, ¿sabe? Porque ese demonio de Basset es peligroso. Si tenemos suerte volverá a atravesar la frontera suiza, pero esta vez con los pies por delante.

Tone encendió un cigarrillo.

Estaba hundido en sus pensamientos, pero la verdad era que no se acordaba para nada de Basset, el espía que había originado todo aquello, al hacerse con planos de la «force de frappe».

El pensaba en otra persona.

Una persona que tenía aire «de familia» en sus gestos.

El capitán murmuró.

—¿De qué modo fuma usted? Se le va a caer el cigarrillo de los labios.

Tone lo enderezó, como si despertara de un sueño.

—Es cierto, perdone... No me había dado cuenta.

Desde Le Havre hasta Zurich existen vuelos con escala en París. De modo que Richard Tone, después de una larga vuelta, regresaba a su punto de destino, pero con la esperanza de haber desorientado a cualquiera que le siguiese.

No pasó por el control de pasajeros ni por el *hall* de Orly. Simplemente cambió de un avión a otro, ambos de la Air France. Pero Tone sabía que, pese a todas estas precauciones, sus esperanzas habían resultado fallidas, o sólo le habían seguido, sino que estaba controlado. Más exactamente, ya le esperaban en Zurich.

Claro que ahora no iba desarmado. Ahora llevaba una «Browning» automática que le había proporcionado el capitán de la lancha rápida.

Llegó a Zurich a las cinco de la tarde; aún era buena hora para las gestiones bancarias. Con su cartera en la mano se dirigió desde el aeropuerto a la estación, y desde allí al paseo del mismo nombre, donde está enclavada la sede de Holzen & Frères.

Su misión parecía ir a terminar. Teóricamente todo estaba hecho.

No debía más que entregar el documento al apoderado del Banco y luego regresar a París.

Pero Tone sabía que el verdadero problema, el problema casi angustioso para él, empezaba justamente ahora.

Holzen & Frères es un establecimiento muy poco espectacular, como la mayoría de los Bancos suizos. Cualquiera podría creer que allí no hay fondos importantes, y que la gente verdaderamente rica no se encamina hacia allí a depositar su dinero. Lamentable error. Tampoco Zurich parece una ciudad rica y, sin embargo, es allí donde, en proporción, hay más millonarios del mundo entero.

El Paseo de la Estación estaba muy animada a aquella hora. Ya se habían encendido las luces, y los escaparates rebosaban de resplandores y de tentaciones para las mujeres con dinero. Gentes llegadas de todas partes del mundo paseaban indolentes en torno a los grandes hoteles y los establecimientos de lujo. Los Bancos ya tenían sus puertas cerradas al público, pero en sus oficinas —sobre todo en las de tipo confidencial— todavía se trabajaba.

Tone pidió hablar con el encargado de cuentas numeradas. El secretario que le recibió era un individuo alto, delgado, que tenía unos ojillos pequeñas y duros como los de un reptil.

Podían ser los ojos de un banquero astuto o los de un asesino implacable. Quizá ambas cosas a la vez.

Le indicó una puerta acolchada.

—Pase. Por aquí.

Tone entró.

El hombre que estaba sentado tras la mesa se puso en pie y *le saludó ceremoniosamente*.

—Siéntate... Siéntate, Richard. Debes estar muy cansado, después de todo lo ocurrido...

Tone miró a Esperey y se puso lentamente un cigarrillo en los labios.

—Claro que estoy cansado... —dijo—. Tengo la sensación de haber recorrido medio mundo. Me sentaré, gracias.

CAPÍTULO XV

Esperey lo hizo también, al otro lado de la mesa.

Era el de siempre, el mismo que había tratado en Royan y más tarde en Burdeos, pero ahora parecía un personaje más importante y más solemne. La calidad del despacho ayudaba a dar esa sensación. Muebles buenos, sillones cómodos, ambiente distinguido... También el traje que llevaba Esperey era impecable, mucho mejor que el que usaba en Francia. Pero lo que no había cambiado en absoluto eran sus ojos de halcón, que seguían mirando a Tone como una amenaza silenciosa:

Esperey musitó:

—¿Fuego?

—Sí, gracias; no me había acordado de encender el cigarrillo.

La llamita del encendedor de oro se aproximó a la punta del cigarrillo de Tone. Las miradas de los dos hombres parecieron chocar a tan corta distancia. Luego Esperey se sentó.

—No pareces muy sorprendido —dijo.

—No lo estoy en absoluto.

—¿Por qué?

—Esperaba encontrarte.

Esperey alzó un poco la cabeza hacia atrás.

—¿Qué te hace pensar que te mentí? ¿Por qué supones que no soy realmente un agente del Deuxième Bureau, un hombre al servicio del contraespionaje francés?

—Me lo hizo suponer el hecho de que mataras teta alegremente. En nuestro oficio el enemigo vale más vivo que muerto. Cuando está vivo es útil, porque se le puede interrogar; cuando está muerto no sirve de nada.

Esperey se encogió de hombros.

—¿Sólo por eso ya sospechaste? —musitó.

—No. Hubo un detalle que me reveló que mentías.

—¿Cuál?

—Eso te lo contaré más adelante. ¿Por qué no me das ahora tú la versión de los hechos?

—No hay inconveniente, puesto que has llegado al final del camino y ya no importa que sepas lo que hay en él. Pero voy a hacerte una advertencia, Tone; una sola.

—¿Que no saldré vivo si intento ponerme tonto? Lo sé de sobras. Como doy por supuesto que en este mismo instante me estás apuntando con una pistola silenciador por debajo de la mesa.

Esperey sonrió.

—Cierto... Y hasta, con un poco de suerte, podrías adivinar la marca.

—Una «Luger». A esta distancia es lo más eficaz, y además tiene un tiro extremadamente rápido.

—Tú irás armado también, claro —dijo Esperey, después de hacer por su parte un signo afirmativo.

—Llevo una «Browning». ¿Por qué tu amigo no me la ha quitado a la entrada?

—No había que exagerar las cosas. Y ya daba por supuesto que te llevarías una buena sorpresa; que al llegar a Zurich no sospechabas nada.

Tone exhaló una lenta columnita de humo y luego dejó su cigarrillo en el cenicero de plata, olvidándose de él.

—¿Cuál es tu verdadero cargo en este Banco, Esperey? —susurró.

—Soy uno de los contables más acreditados. Y un buen especialista en impuestos extranjeros, ¿sabes?

—Además de un buen asesino.

Esperey rió.

—Esa última cualidad no figura en mi hoja de servicios bancarios, pero ya diré que la tengan en cuenta.

—Éste no es tu despacho, supongo.

—No. Es el de uno de los consejeros.

—¿Y cómo te has apoderado de él?

—La sección de cuentas numeradas es, por decirlo de algún modo, altamente confidencial. Muchos empleados del Banco jamás han entrado en ella, pero yo tengo libre acceso. Conozco las horas en que el despacho está vacío, y me ha bastado colocar a un amigo

mío en el lugar del secretario. El auténtico secretario está en el apartamento de una linda muchacha de Zurich a la que hemos contratado con ese objeto; imagino que no le será nada difícil retenerlo hasta medianoche.

—Todo ha sido hecho con limpieza, ¿eh?

—Con absoluta limpieza. Lástima que en Francia hubiera que usar el gatillo, pero por cinco millones puede hacerse, ¿no?

Tone Volvió a sonreír.

Parecía absolutamente tranquilo, pero una nube de tristeza flotaba en sus ojos.

—¿Por qué no me explicas tu plan, Esperey? ¿Qué he de hacer con mi documento al portador, que tanto ha costado traer hasta aquí?

—Muy sencillo: entregármelo.

—¿Y tú qué harás?

—Ingresarlo en una cuenta numerada; lo mismo que tú deseabas hacer. Con la pequeña diferencia de que el titular de la cuenta soy yo, por medio de una tercera persona.

—¿Y si no te entrego el documento?

—No estás en situación de discutir, amigo. Sabes perfectamente que, si te pones difícil, no saldrás vivo de aquí.

—Podía haber traído un documento falso. Podía haber hecho el cambiazó, al sospechar lo que me esperaba aquí.

—Siguiendo ese camino, podías haber supuesto también que el hacerlo te costaría la vida.

—No te intranquilices, Esperey... El documento que llevo es el auténtico, y vale lo que tú sabes... Pero me gustaría saber el camino que has seguido para llegar hasta aquí. ¿Cuál fue tu plan? ¿Por qué supiste que el Gobierno me había enviado a Suiza con una suma tan importante?

—Porque los funcionarios de París cometieron un error, queriendo hacer demasiado bien las cosas. Comunicaron que de cierta cuenta numerada se haría una transferencia de cinco millones. Yo, por mi cargo, había logrado averiguar que esa cuenta pertenecía al Gobierno francés.

—Perfecto, Sigue.

—Entonces movilicé mis medios de información en París. En el Deuxième Bureau, como en el Ministerio del Ejército, como en la

OTAN, hay demasiadas secretarias que se dejan convencer por diez o doce mil francos, a cambio de dejarte echar una ojeada a la correspondencia o a las órdenes de provisión de fondos. Y por una de ellas supe que se te había facilitado dinero y un coche «Ferrari» para salir de París en dirección a Burdeos. La ruta, en apariencia, era absurda, pero también supe que la Marina prestaría una lancha rápida para que recogiera a alguien en Burdeos hacia las mismas fechas. Entonces la cosa se me apareció clara: dabas una vuelta a propósito. La ruta era absurda intencionadamente, para desorientar a cualquiera que te siguiese.

—En efecto, así era.

Tone volvió a colocarse el cigarrillo entre los labios, recorriéndolo del cenicero, y murmuró:

—Pero tú no intentaste matarme a la salida de París; tú no tenías la menor intención de que muriera, sino de que, al contrario, llegara vivo hasta aquí.

—Exacto. Por eso te salvé.

—¿Estabas enterado de que intentarían matarme?

—No era demasiado difícil. Yo tenía sobre ti una ventaja que fue el poder salir antes. Hice con un día de antelación la ruta, a fin de estudiarla, porque tenía intención de vigilarte todo el trayecto para que no sucediera nada inesperado. Me interesaba que llegaras vivito y coleando a Zurich con el documento, Así caería blandamente en mis manos que ya estarían esperando... como lo están ahora. ¿Comprendes?

—Comprendo perfectamente. Sigue.

—Bien... No resultó demasiado complicado, como te digo, observar la ruta. Y un hombre que se mueve en mis ambientes conoce a muchas personas... Quizá demasiadas. Por el camino vi a Danielle.

—¿Qué sabías de ella?

—Que en combinación con su amante, ya muerto, había sido una de las atracadoras de Bancos más famosas de Francia. Lo ocurrido fue que, a la hora de pagar, fue el pobrecito amante quién se la cargó, mientras que ella apareció como una palomita abandonada e inocente. Creo que no pasó de estar un año en prisión provisional, y luego salió sin que se le hiciera ningún cargo. Consiguió que ni tan sólo los periódicos publicaran su foto... Pues

bien, esa palomita cándida recorría la misma ruta en compañía de algunos tipos que deduje eran sus secuaces. Como no era posible que se dedicara a asaltar Bancos de nuevo, me pareció lógico suponer que preparaba otra clase de golpe. Y por ese camino llegué a ver muy claro lo que querían.

—¿Liquidarme?

—Claro que sí... Y quedarse ellos con el documento. El modo como llegaron a saber tu ruta y tu misión lo ignoro, pero Danielle pudo tener en el Deuxième Bureau las mismas oportunidades y filtraciones que tuve yo. O incluso más, puesto que ella era una mujer bonita. Entonces comprendí que mi misión se complicaba.

Tone dejó definitivamente el cigarrillo en el cenicero.

—Tenías que salvarme, ¿verdad?

—Había que saber quién era más listo. Si Danielle o yo. Ella quería matarte y robarte. Yo quería, en cambio, que nadie te robara y que llegaras en buenas condiciones hasta aquí.

—Comprendo.

—Danielle utilizó todos los medios. Asesinos alquilados, un fulano disfrazado de gendarme... Todo. Y es posible que se hubiera salido con la suya caso de no estar yo, de modo que debes estarme agradecido.

—Y lo estoy, Esperey... Lo estoy de verdad... Pero hay una cosa que no acabo de ver clara.

—¿Cuál es?

—¿Por qué no podías matarme tú también y llevarte la cartera con el documento? Tuviste bastantes oportunidades de hacerlo.

—Corría un riesgo.

—¿Qué clase de riesgo?

—La menor pista, el menor error por mi parte podían hacer que se me cerraran las fronteras. Y si me atrapaban con el documento encima, estaba perdido. Era mucho más seguro dejar que lo trajeses tú mismo, puesto que me lo ibas a poner en las manos.

—También pudiste quitármelo y enviarlo por correo.

Esperey rió.

—¿Por qué no lo has enviado por correo tú? Te hubieras evitado muchas molestias...

—El procedimiento no era seguro.

—Claro que no... Y en ese caso tampoco lo era para mí, de

modo que decidí olvidarlo.

—Pero hay otra cosa, Esperey.

—Dila. Tenemos tiempo...

—¿Qué papel jugó tu hermana en todo esto?

El hombre que estaba al otro lado de la mesa se sobresaltó.

Parecía no esperar aquella pregunta, y por eso sus músculos sufrieron una sacudida.

—¿Mi hermana? —balbució.

—Sí. Te estoy hablando de Arianne Esperey.

—¿Cómo sabes que...?

—Hay cosas que no engañan.

—No sé a qué te refieres.

—Cosas de familia...

Y Richard Tone apoyó una mano sobre la mesa. Lo hizo de modo que sus dedos se torcieron hacia delante como si estuvieran descoyuntados. No lo consiguió, pero Esperey supo perfectamente a qué se refería.

—En ella también lo notaste... —balbució.

—Sí... Fue casi en el momento de despedirnos. De pronto Arianne se apoyó en la jamba de una puerta y descansó su mano haciendo el mismo gesto que te había visto hacer a ti en el Petit Hotel de Burdeos. Sus deseos también se torcían de una forma extraña; también los tenía como descoyuntados... Entonces comprendí que eráis familiares muy próximos. No podía ser tu madre ni tu hija. Tenía, por tanto, que ser tu hermana.

Esperey asintió.

—Mi hermanita Arianne... Tiene gracia. Nunca creí que llegaras a adivinarlo.

—Fue solo por ese detalle. ¿Pero qué papel jugaba en todo eso? ¿Qué pretendía Arianne?

Esperey alzó levemente una ceja.

—Era, por decirlo así, mi elemento de reserva. En el caso de que las cosas se complicaran y tuviese que matarte o raptarte, el lugar donde ella trabajaba resultaba ideal para ocultar tu cuerpo. Era muy difícil que allí llegaran a descubrirte jamás.

Tone sintió como una cosa amarga en la boca cuando preguntó:

—Y ella, ¿estaba dispuesta a matarme?

—No. La verdad fue que sólo le dije que estuviera preparada,

porque podíamos hacernos fabulosamente ricos los dos. Sin embargo, no le hablé de matar a nadie, porque ella no lo hubiera admitido. Arianne es de esas estúpidas que se paran ante ciertas barreras y así nunca llegan a ningún sitio.

—Pero allí sucedieron cosas demasiado extrañas —musitó Tone —, cosas que no he llegado a entender.

—¿Te refieres a las brujas?

—Y a mi falso retrato antiguo.

—Todo fue idea mía, por si hacía falta liquidarte. Yo siempre obro sobre seguro, ¿sabes? No quería dejar el menor rastro que me acusara, para el caso de tener que pasar la frontera con el documento, de modo que pedí a Arianne que convocara a aquellas dos mujeres. Ella las conocía bien, porque pertenecían a la vecindad. Se trataba de dos viejas locas que creían en aparecidos, en la presencia del demonio y no sé cuántas zarandajas más. Se creían poseídas por el diablo, y con aquel cuadro que hice pintar a toda prisa, Arianne las convenció de que el diablo que las atormentaba eras tú.

—¿Pero qué pretendía con eso?

—Ella no sabía nada. El que pretendía era yo. Quería que, si había que matarte, lo hiciera alguna de esas dos mujeres, que lo estarían deseando. La policía creería en ese caso, que se trataba del crimen de una loca, sin nada detrás.

Puso la derecha sobre la mesa, exhibiendo ya claramente la «Luger», y continuó:

—Lo que Arianne no sabía era que tratarían de matarte por propia voluntad, sin que nadie se lo indicara. E intentaron hacerlo, ¿verdad?

—Por poco lo consiguen. Estaban tan enloquecidas que una llegó a matar a la otra. Creo que Arianne me salvó en el momento decisivo haciendo que...

Esperey musitó:

—¿Qué...?

Tone iba a decir algo. Pero se calló.

Esperey no insistió más.

Sólo dijo:

—Arianne no sabía lo que había detrás de todo eso. No quería que tú murieras... Se limitó a seguir mis instrucciones, que recibía

por radio. ¿No pensaste que aquella túnica negra podía ocultar un pequeño receptor? Gracias a él supo el momento exacto en que te internabas en el bosque. Y gracias a él fue siguiendo también mis instrucciones, en el sentido de que se fingiera una trastornada, para que tú nunca llegaras a sospechar, si seguías tu camino sin sufrir daño, que aquello había estado relacionado con el documento de que eras portador.

Alzó un poco la «Luger» provista de silenciador y murmuró:

—Muy bien, ya has recibido toda clase de explicaciones, muchacho. Ahora dámelo.

—¿Qué harás conmigo después?

—Eso no es cuenta tuya.

Tone apretó los labios. Sabía que lo que le esperaba era un balazo entre las cejas; y quizá resultara mejor así, porque cuando entregara aquel documento habría fracasado en su misión. Habría dejado que le robaran cinco millones de francos suizos.

Estaría hundido para siempre.

El suyo habría sido uno de esos fracasos que sólo se limpian con una bala.

Tendió la cartera de un lado a otro de la mesa.

Pero Esperey no la tomó. Antes Oprimió un timbre.

El falso secretario el de los ojos crueles y duros, entró en la habitación.

—Habré de tener las manos ocupadas —dijo Esperey—. Tú vigila.

Y abrió la cartera.

Tone cerró los ojos mientras veía descorrer la cremallera rápidamente.

Esperey se sacudió la mano, lanzando un gruñido de dolor.

—¿Pero qué es esto?

En la punta de uno de sus dedos había una gotita de sangre.

—Te has pinchado —musitó el joven.

—Un simple rasguño con la cabeza de la cremallera. Debe tener un saliente. Parece mentira, en una cartera tan cara... Pero no tiene importancia. Ah... El documento está en su sitio.

Lo ojeó, satisfecho, mientras hacía un simple gesto a su ayudante.

—Ya sabes lo que has de hacer —susurró, como si el asunto no

tuviera la menor importancia—. Y procura no ponerlo todo perdido de sangre.

El hombre de los ojos de víbora había sacado otra «Luger», también provista de silenciador.

Pero Tone contaba con eso. Sabía que en cuanto entrara allí borrarían el último rasgo, que lo eliminarían como a un caballo demasiado viejo.

Por esa razón estaba prevenido. Y por esa razón saltó cuando el otro aún no había acabado de sacar el arma.

Su enemigo lanzó una maldición, al sentir el brutal impacto en sus rodillas. La primera bala, que no produjo casi ruido, se empotró en el techo.

El pistolero se revolvió. Sus facciones habían enrojecido. Lanzó una maldición en voz baja, mientras intentaba mover su arma.

Tone no empleó la «Browning». No había pensado emplearla en ningún momento. Contaba con algo más silencioso, más eficaz, que eran sus antebrazos.

A pesar de estar herido, apretó con el sano el cuello de su enemigo. Le tenía debajo de él y el antebrazo produjo el efecto de una barra de hierro que lo estrangulaba lentamente. Mientras tanto, con la otra mano, con la que apenas podía hacer fuerza, sujetaba la pistola, manteniéndola inmóvil.

Pero la «Luger» iba girando poco a poco hacia él.

Era una carrera angustiosa contra reloj.

La vida de Tone dependía de haber estrangulado a su enemigo antes de que éste tuviera la pistola en línea de tiro.

Los dos respiraban angustiosamente.

Los dos empleaban todas sus fuerzas, todos sus recursos, en una desesperada batalla por no morir.

Por fin la pistola se situó en línea de tiro, junto a la cabeza de Richard Tone.

Pero su enemigo ya no tenía fuerzas para disparar. Su cuello había producido un siniestro chasquido. Estaba roto.

Claro que durante todo ese tiempo Tone había estado dando la espalda a Esperey. Esperey pudo haberle matado tranquilamente. ¿Por qué no lo había hecho?

Tone se puso en pie y miró los dos cadáveres. El del falso secretario, en el suelo. El de Esperey, sentado aún en la butaca, con

las facciones crispadas en una última mueca de asombro, como si hubiera muerto sin comprender que un veneno pudiera ser tan rápido.

El joven se inclinó sobre la cartera. Y con unas tijeras de plata que había en la misma mesa de despacho cortó la cabeza de la cremallera, donde había situado, en la lancha rápida la aguja envenenada.

Ahora ya no produciría ningún efecto.

Todo el veneno había pasado a la sangre de Esperey.

Tomó la maldita cartera a la que ya odiaba con toda su alma, y salió de allí. Nadie notó nada anormal, nadie miró siquiera a aquel hombre joven que caminaba distraídamente hacia la Bahnhof la estación de Zurich. Una vez allí se introdujo en una de las cabinas telefónicas desde las que era posible hacer llamadas a larga distancia. Pidió una conferencia con París.

La consigna desde el Deuxième Bureau fue tajante:

—Celebro que me llame, porque hubiéramos podido cometer un error muy caro. Basset ha sido detenido. No pague.

—De todos modos pensaba llamarle, señor. No hubiera pagado sin que me repitieran la orden en el último minuto.

—¿Ha estado en el Banco?

—Sí.

—¿Y qué ha hecho allí?

—Charlar con unos amigos, señor. ¿Qué hago con la cartera y el documento?

—Quémelos. Quémelos personalmente y no deje ni las cenizas.

Colgó y salió de allí, en busca de un hotel cuyas habitaciones tuvieran chimenea.

Pero antes tomó un billete para París y combinación coa Burdeos. Tenía prisa por regresar a Francia, a las Landas, a la vieja tierra de las brujas.

Porque dos de ellas habían muerto, pero quedaba una, la tercera bruja, que Richard Tone estaba decidido a que viviera.

A que viviera, además, con él. Y para siempre.

Le había hechizado. Cosa, al fin y al cabo, muy natural en una bruja...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

